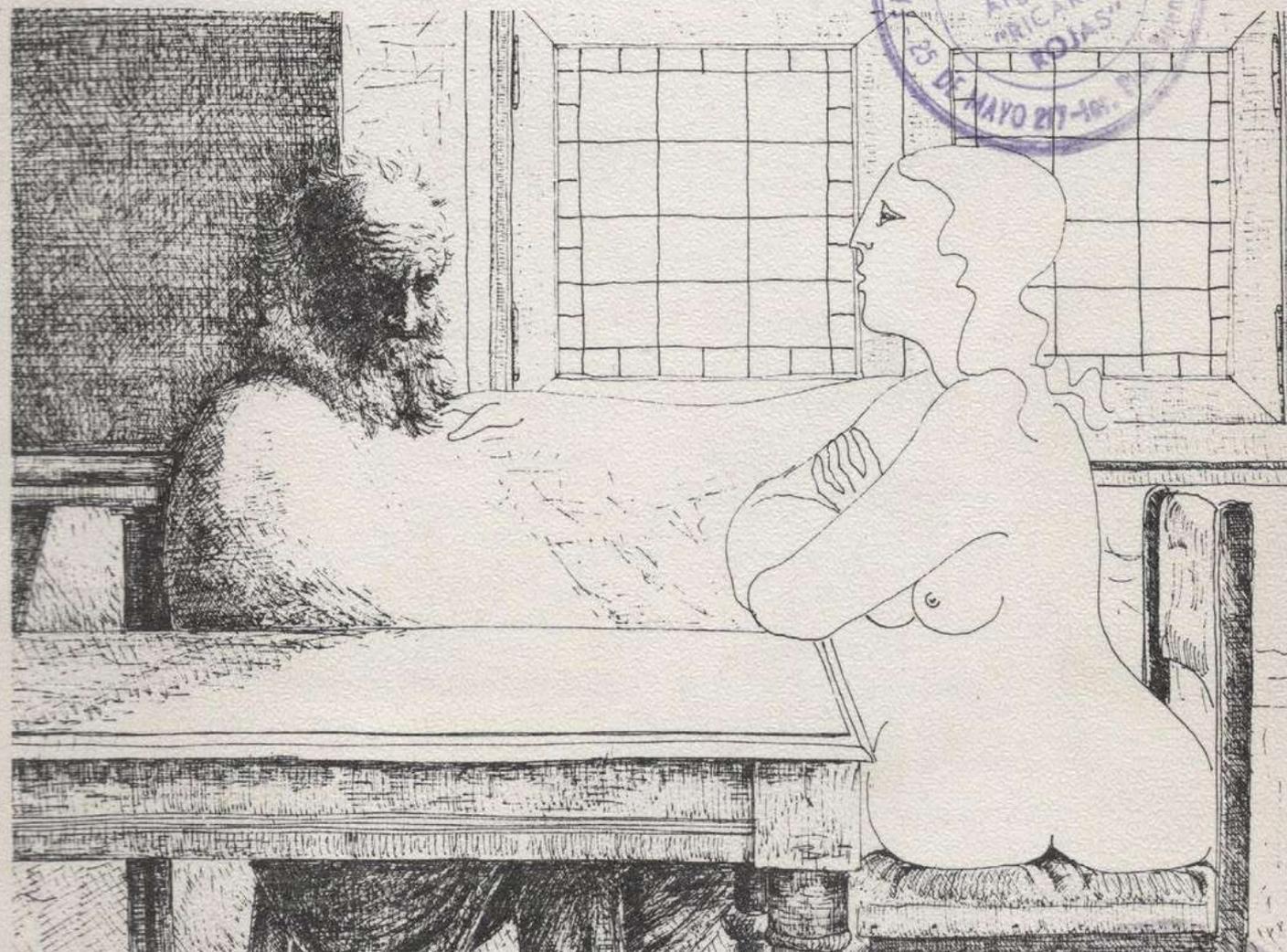


# ULTIMO REINO



• REVISTA DE POESIA •



AÑO III - Nº 6 - JULIO/SETIEMBRE 1981 - BUENOS AIRES

Como las otras actividades del espíritu el arte sólo tiene significación humana osando ser todo lo que puede ser un lenguaje altivo e indestructible, una apuesta sin condescendencia donde los hombres aprenderán a reconocer, en beneficio de su potencia común, la imagen de su vida conquistada y redimida. Gaëtan Picon

\*\*\*

"ULTIMO REINO" es una publicación trimestral. Año III, Nº 6, Julio-Setiembre de 1981. Registro de Propiedad Intelectual Nº 93995 Segunda Serie. Queda hecho el depósito que marca la Ley Nº 11.723. Suscripción, publicidad, correspondencia e informes, por correo a Metán 3692, 2º 4 -1240- Buenos Aires, Argentina. Los artículos firmados reflejan la opinión de sus autores y no necesariamente la de la Dirección de esta publicación. Se autoriza la reproducción de textos e ilustraciones citando el nombre de la revista y el autor del artículo, y enviándose tres ejemplares de la publicación correspondiente a la redacción de Ultimo Reino.

Esta segunda edición se terminó de imprimir el 28 de junio de 1982 en los Talleres Gráficos "Su Impres", Tucumán 1490, Buenos Aires, Argentina. (Primera edición: junio de 1981.) Composición en frío y armado: "Hur", Metán 3692, 2do. 4, Capital Federal; teléfono 92 - 0977.

Realizamos intercambios con revistas similares de todo el mundo.

*Directores*

Gustavo M. Margulies  
Víctor F. A. Redondo

*Consejo de Redacción*

Jorge Zunino  
Mario Morales  
Horacio Zabaljauregui  
María Julia de Ruschi  
Susana Villalba  
Mónica Tracey  
María del Rosario Sola

*Colaboradores*

Enrique Ivaldi  
Guillermo Roig  
Roberto Scrugli  
Eduardo A. Azcuy  
Eduardo Alvarez Tuñón  
Raúl Vera Ocampo  
Mónica Giráldez  
Luis Benítez

*Ilustraciones*

Pablo E. Schugurensky



INDICE

Ricardo Molinari: *el ángel en su transparencia*, por María Julia de Ruschi Crespo, pág. 2. *Canción del errante y Canción de Halewyn*, poemas de Enrique Ivaldi, pág. 4. *La Canción de Occidente, Ultimo Reino, El Vértigo y Los Siete Durmientes*, poemas de Mario Morales, pág. 8. *La Sonata del Claro de Luna*, poema de Yannis Ritsos, pág. 13. *Tres poemas de Marrakech*, de Raúl Vera Ocampo, pág. 19.

LA PUERTA -antología de últimas publicaciones y poemas recibidos- (textos de Ana Emilia Lahitte, Joaquín O. Gianuzzi, Luis Benítez, Marcelo Moreno, Luis A. Ballester, Jorge Ricardo, Carlos Vladimirsky, Silvia Grenier, Santiago Sylvester, Horacio Preler, María L. Romera, David Martínez, Pablo Ananía, Susana Slanina, y otros. Antología de la Poesía Polaca Contemporánea por Krystina Rodowska), pág. 21.

SEPARATA CENTRAL Ricardo Molinari ODAS Y OTROS POEMAS. Antología a cargo de Jorge Zunino (28 páginas)

Con esta revista se adjunta el segundo título de la Colección "El Sonido y la Furia": SENTIDO Y VIGENCIA DEL PENSAMIENTO ROMANTICO, de Eduardo A. Azcuy.

PRECIO DE VENTA: \$ 20.000

# MARIA JULIA DE RUSCHI CRESPO

RICARDO E. MOLINARI

## EL ANGEL EN SU TRANSPARENCIA

a E. D.

*Los ángeles, ¿cómo comprenderlos? Inaccesibles, portadores de secretos perdidos para el hombre, de una luz con la que a veces nos bendicen y con la que a veces nos atormentan. Intimos, a veces nos guían y a veces nos pierden. Vigilantes o desatentos, benévolos o crueles, los ángeles deslumbran. Así la poesía de Ricardo Molinari, atmósfera sutilísima donde es difícil responder, conquistar. Rigurosamente bella, guardada por la tristeza, el orgullo, la ira y la ternura: los cuatro cancelos de la soledad, las cuatro lámparas de la melancolía, los cuatro sellos de la nostalgia.*

*Los ángeles surgen de un resplandor de otoño, entre las hojas de un árbol, desde el fondo de un río, de la sangre silenciosa. La luz atenuada, apagada en la naturaleza, despierta diáfana y centellante. Tal es la aparición del ángel para revelar en la tierra otro mundo, la transparencia devuelta a nuestra morada por la pureza de la contemplación. Así los paisajes de Ricardo Molinari; llanuras desiertas que encuentran en la voz del poeta a sus ángeles, y colman de posibilidades milagrosas el viento del sur, las hierbas, el invierno y las estrellas.*

*Elementos que en el tiempo inconmensurable nos vedan sus enigmas en un pavor inhumano. El poeta humaniza y consagra. Crea un día en el tiempo sin canto, y el día florece para el canto, espacio donde se unen el tiempo del corazón y lo atemporal del ángel. Y el ángel sin nombre desciende del fulgor de lo eterno a su sombra en lo visible, para hacerse visible. Y en ese instante lo descubre el poeta y bautiza en su hechizo los paisajes. Y la tierra entera es nueva naciendo del tiempo insondable cuya memoria custodia secretamente la sangre. Así el lenguaje de Ricardo Molinari fluye como aguas que manan del olvido, con la frescura de la primer creación, y límpidas nos ofrecen su antiquísimo asombro.*

*Los ángeles fundan los palacios de la belleza en el amor que todo lo sabe pero que nada explica – “el amor es el amor” – : claridad sólo para sí mismo. Los ángeles siembran su áspera dulzura, sus desgarradoras promesas, en el reino de las contradicciones. Traen el fuego y el fuego quiere tornar al fuego. Pero la llama que arde en la sangre del hombre no se apaga en ella ni la consume. Así el hombre no desea volver a la tierra, porque su ardor pertenece a la lumbre del viento, gracia desasida. Así el hombre desea volver a la tierra, permanecer, ser recordado, porque la sangre de hondas raíces rememora que una vez fue “llama llena de flores” “¡Oh Dios, oh Dios, déjame entrar y salir de mí!”, clama el cautivo de sí mismo.*

*El ángel en el hombre, ¿cómo comprenderlo? Sus deseos son ambivalentes. Dice*

*que nada quiere y todo lo espera, dice que todo lo espera y nada quiere, si la muerte encierra todavía el "otro sentido de lo eterno", el que el ángel fugacísimo develó entre palabras. Y el canto es aún la desdicha, abre los cuatro cancelos de la soledad, enciende las lámparas de la melancolía, sueña bajo los cuatro sellos de la nostalgia. El canto no vence el tiempo, ese tiempo que la nostalgia combate transformando en esperanza lo insalvable, y ante el que la melancolía rinde lo que el recuerdo rescata del doloroso olvido. El tiempo hiere, el canto ahonda las heridas. Cantando, ya no es posible sustraerse al goce que produce la desesperanza, al sufrimiento traspasado por la espera. Bendiciendo, maldiciendo, el canto testimonia y resguarda la dichosa desdicha, la vida necesaria. El canto no vence el tiempo, pero tampoco es vencido por el ángel.*

*Hubo antaño templos consagrados a la Fortuna Primigenia, donde se rendía culto al ser, donde se veneraba y agradecía el don de la vida. Este don se confirma en la afirmación de su trascendencia, y la poesía de Ricardo Molinari es un hilo que nos conduce por su laberinto de músicas a la intuición de la inmortalidad, al misterio de la vida en las alas del ángel, en el corazón del hombre. Sangre y fuego, paisajes interiores que se cifran en ríos y llanuras; ríos y llanuras que ya son nombres celestes: círculo donde el ser caído recuerda su origen y su destina, aquí y "ya fuera de la tierra, como algunos ángeles".*



# ENRIQUE IVALDI

## CANCION DEL ERRANTE

¿Por qué lloráis? Vivid.  
Respirad vuestro oxígeno.  
Gonzalo Rojas

*Porque toda nebulosa devora a este sol de carne,  
a este hombre que todo lo ama por el áspero suicidio  
de no morir bajo el torrente de lo antiguo. De lo ambiguo. Este  
animal de sílaba que busca la noche de una muerte  
donde el silencio gira —digo que gira— y es la Eternidad  
hecha escombros. Ah, tan solamente una maravilla de hielo  
en lugar de la sangre. Oh, el terror. El súbito terror  
de aquellos días, el oscuro sacerdote que invocando al fuego  
destruyó una fe, la creencia que dicen todo lo acaba,  
todo. Y si digo: yo no existo para el mundo, ¿acaso el mundo  
vivirá esta inexpressión que me acosa? No lloro, no, porque  
una lágrima no vuelve: es como un hijo muerto. Y necesito  
saber que vuelve el amor estéril de las gentes, la dulzura  
de su noche que todo lo decide  
desde el nacimiento. Y la costumbre no importa cuando me tocan  
y tocan la sangre misma. Y alucinante es el tiempo  
de esta tierra sagrada: los hombres y sus mujeres  
ya no quieren ser Dios porque no quieren la muerte. Porque  
el vacío habla y aguarda en el fin de la oscuridad,  
en el fin que arranca una palabra como un estertor  
y respira su odio en aquellos que no hacen con su cadáver  
un poema, ni hacen una palabra corrupta bajo el sol que celebra.  
Déjalos, te digo. Cada uno es profeta de sí.  
Y no obstante, hay una ilusión en el cielo y es una llaga  
que nombro cuando digo: amarte. Déjame. Huye hacia las rocas  
asesinas y desiertas de tu aurora que ofrenda plegarias  
en la tarde, en la vida sofocada por un silencio animal  
que sobrecoge. Piedad para nosotros, que no somos la estrella.  
Y si busco en mi sangre, no hallo el mundo en un placer  
de reliquia, no hallo a mi padre sepultado en su vicio  
de hierbas y de barro, en su inmóvil gloria desnuda como toda  
la inútil libertad. Pero en la nebulosa, en la letra de oro  
de un vigor que debe ser para los pájaros,  
frágilmente nutridos por un espasmo sin cólera, voy  
lejano y remoto Icaro de las entrañas oscuras, por el vino  
y los cuerpos que busco, por y para y hacia una muerte  
pequeña, esa que no conozco  
porque he muerto hace ya tanto, en el comienzo. Oh  
belleza infame, múltiple y desvariada música de un mar  
informe, y la loba de mis labios se emborracha eternamente  
con tu leche de astros, sin estilo ni formas, nube prodigiosa  
que me llenas de amor y estás muriendo. Oh, y se me acaba  
la sangre. ¿Hasta cuándo este morir, hasta cuándo*

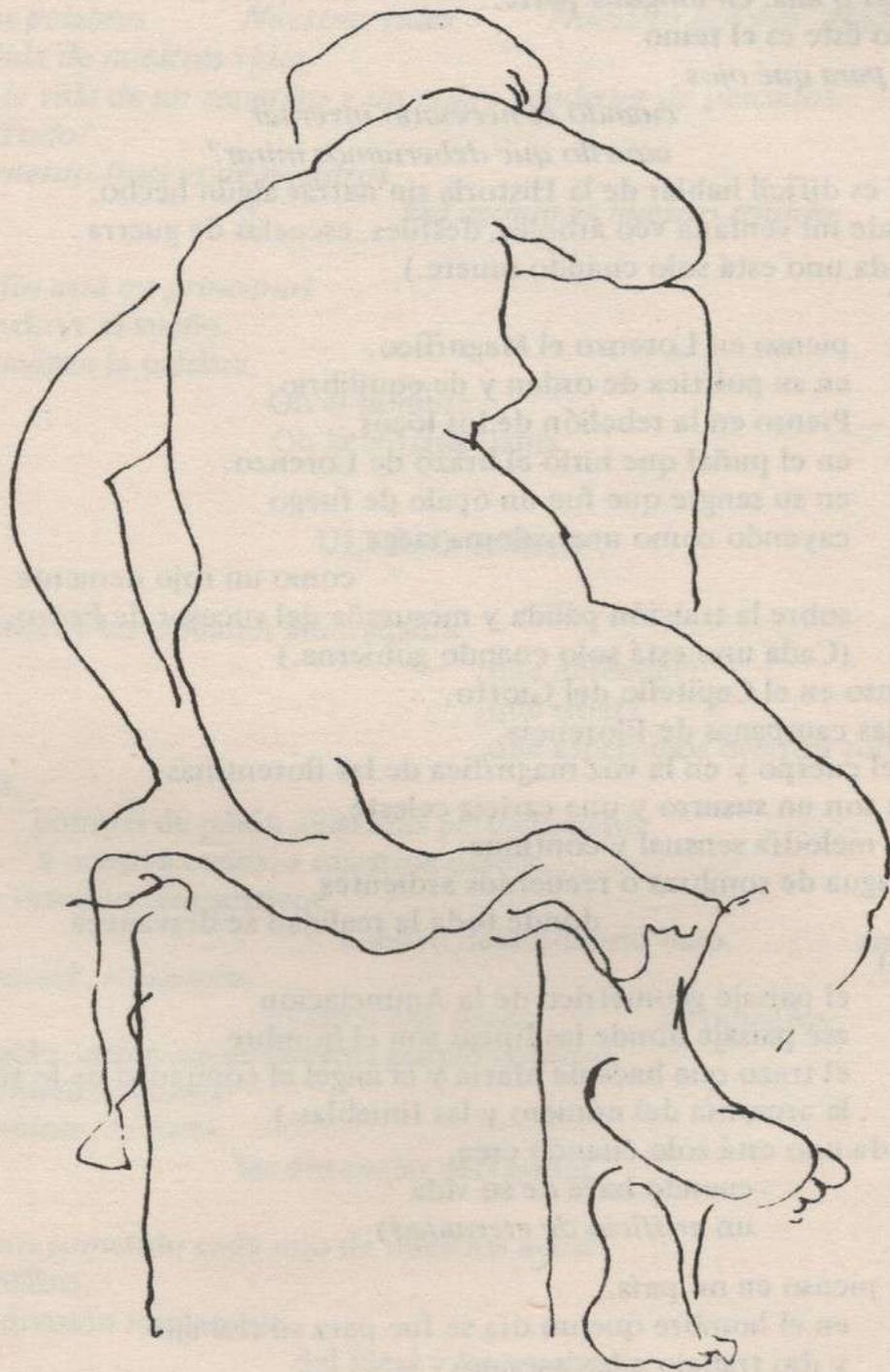
resignaremos la carne al ataúd que carga con un sueño demasiado vivo? El desamparo, me dirán. Pero yo quiero perder mi corazón por un intento como éste, así, absurdo, sin paga, pero violento de magia y desprecio y artificio. ¿Lo sabes, lo sé? Aquella noche los ángeles bajaron al infierno, aquella palabra, fui arrastrado al festín de un clima sagrado, donde el agua más negra fue mi semejante, y donde el espanto era un ojo renacido en las viejas miserias, para ver, para ver y abjurar porque aún veía lo mismo: lo invisible. Oh, pluma de la muerte. Oh, siento su peso que confunde y la voz que balbucea qué sombra qué sol qué angustia me destruye como una historia cualquiera puesta a hervir en el huevo de la catástrofe. No te inmites: así pasan los días. Pero la nebulosa me despierta con su demonio que habita en las manos y persigue hasta el fin los poros que te alzan. La iluminación donde la soledad profetiza: Dios, Dios... Augúrame una tiniebla. Pero desecha el cántico. ¿Y ahora, quién llama? No es la visión de la estatua, ni el relámpago que exaspera mi hastío. Es este estar exhausto de belleza que hiede a belleza. Eres tú, mujer, eres tú. Son mis manos que te persiguen con fetiches, y son tus manos, acaso, en una noche sola. Y tú preferirías decir: es la tempestad entre las rosas. Y tu saliva es un reino, y hay un rehén entre nosotros que pide para siempre todas nuestras horas, nuestros actos, este revolcarnos bajo un sol que miente al tiempo, como un calendario de horror donde las pasiones se recuerdan como un fulgor que desciende. Los hombres, digo, los hombres. Mas no es la llama errante ni el arte de las tinieblas. Pero augúrales una diabólica espera. Háblame ahora de eternidad. A ti te digo, perro de mi penuria, dueño de las tijeras que cortan con infamia el corazón mutilado del Ángel. Porque Ella guarda todo este decir, y está cubierta de polvo. Oh, la ceniza. Oh, todo lo perdido. Aléjate de mí, deja que termine esta historia con una alabanza secreta, deja/ que todo viva/ ahora que ya no puedo/ ahora que el sol todavía me asegura que amo/ y que tengo miedo. Es la luz, la fruta podrida que baila con pólvora en la agonía de una especie: despierta – infinitamente – despierta: la visión habla de un antro donde los Olivos se adoran con la muerte de quienes buscan la salvación. Oh, adora al becerro de los desastres, a las horas que van abriendo la vida con un sepulcro desierto, y es la traición definitiva a este viajero que implora/ oh cúbreme/ y es la lluvia/ y cada nervio encendido/ por el suplicio de ser semejante/ ¿Semejante? Permanece como un libro. Ofrece el pecho y recibe las estrellas que tu mano destruye, sangra tu árbol, recibe tu nombre, acéptalo. Llega un día en que sabrás todo lo que ignoras, todo lo que te ignora. Y mientras tanto asesina tu realidad, asesina tus sueños, maldíceme. Pues yo hablo y vivo, hablo y respiro mi oxígeno.

## CANCION DE HALEWYN

a Michel de Ghelderode, *ad eternum*

*Porque el silencio y la noche se ven pero no se miran.  
Porque esa inocencia es la barca de las tinieblas que no llegará  
al Mal, porque no es al Mal a quien canta. Oh, canta para el frío,  
para las nieves rojas, para las meretrices puras: canta porque todo  
te exige: calla. Y el ulular del Norte es sólo una palabra.  
Y hay un sueño. Y es una vida para buscar al dueño de este nombre.  
De esta noche. Y no es así/ Y son todos los que van huyendo/ En el  
terror de un sol que atruena con su gracia. Y no se parte,  
pero debo partir. No se busca, pero todo se encuentra.  
Yo quería que mi sangre acariciara su carne desnuda. Yo no quería  
su amor: yo quería la muerte para después huir y renegar de su  
muerte: yo la amaba. Oh, esa música roja del hechizo más cruel.  
Oh, el fetiche feroz en la tumba del ángel. Al anochecer, sus  
miembros calientes exudaron un sueño. Y me abrazaba con sus voces,  
con su miedo de animal corrupto, con la respiración violenta  
de un fragmento verbal, donde el salmo ardía con un cirio sin paz.  
En el viento, junto a la maldición del lirio, tan sepultado como  
el rostro del Padre, retumbaba la infancia, hecha carne de eternidad.  
Y ella, rondaba en la niebla crepuscular. Oh bajo el sol sangriento.  
En la nieve, en la alegría, nació la muda oscuridad. Y se arrojó  
sobre mi cuerpo, y tomó mi cabeza como un fruto: brillaban los  
astros en la desolación absoluta del mundo. ¿Importará, acaso, que  
arda la ciudad lejana, algún día? Importa la paz. Al anochecer,  
las manos toman ese sabor de lágrima arrancada a una creencia —pero  
son fábulas. Y así como se teme al aullido de los perros, me hice  
vidente. Oh, fuego del otoño, extraña regeneración de la condena.  
Oh, el alma, negada por los herejes al delirio. Con la devoción de  
quien asiste a su agonía, colmé silenciosamente el blanco desierto  
con la única sílaba: el ulular salvaje. Pues ella glorifica la muerte  
aniquilándome. Ella, que no revelará su lujuriosa ternura. Mira al  
antiguo, hablando con los dioses en el silencio del páramo. Oh madre,  
esta sombra voluptuosa es la estatua de fuego que antaño creí la  
eternidad en la furia de los balbuceos. Y no: tan sólo era la fe.  
Y las campanas tañen en la sangre que se revuelca y me asfixia, en el  
Huerto de Nadie. Y vosotros que acompañáis al que huye: sabed que aquí  
nos reúne lo imposible. Sobre nosotros canta el Mal ¿quién lo reconoce?  
Cuando el corazón muere estrangulado, es el criminal quien da paz a las  
endechas. ¿No comprendes, Oh salvaje belleza? Hasta la nieve se marchita.  
Hasta las horcas son caricias frente a lo que vendrá: la única culpa  
bajo el sol. Y su rostro maldito me abandona en la noche que se opaca y  
tiembla al levantar mis manos. Y mi cuerpo desciende, en tanto, al Reino.  
¿Adónde? Si el ruiñeñor es patria, lo es el polvo. Y así las ideas se  
confunden y llegan a Dios. Ah, esta comunidad que nunca. Ay, la devoración  
de los lobos, y tan sólo es un tambor que golpea para que huya por la  
nieve. Sólo palabras. Mátame, perra lasciva. Ni la sangre ni el hielo  
comulgan con lo distante. El flujo de tus entrañas no tendrá sosiego  
en el otoño de tu raza: a lo lejos cantaban, a lo lejos. Y el vino  
que no bebes es universo en destrucción perpetua: está vacía la gloria,*

*no sirve la noche inmortal. Oh, celebra esta vieja herida.  
Oh, aniquilame y llévame contigo, que la pregunta seguirá junto al viento.  
Entre cuatro muros amanece, y afuera, afuera no existe. La conversación  
de los siglos me estremece con su rencor. Y si en la oscuridad  
está el destino: el silencio: es que el Amor vencerá.*



# MARIO MORALES

## LA CANCION DE OCCIDENTE (fragmento)

*En mi principio está mi fin.  
Aquí o allá, en ninguna parte.  
Pero éste es el reino.  
¿Y para qué ojos*

*cuando es necesario inventar  
aquello que deberíamos mirar?*

Así es difícil hablar de la Historia sin narrar algún hecho.  
Desde mi ventana veo árboles, desfiles, escuelas de guerra.  
(Cada uno está solo cuando muere.)

Así

pienso en Lorenzo el Magnífico,  
en su política de orden y de equilibrio.  
Pienso en la rebelión de los locos,  
en el puñal que hirió el brazo de Lorenzo.  
en su sangre que fue un ópalo de fuego  
cayendo como una paloma ciega

como un rojo demente  
sobre la traición pálida y mesurada del sucesor de Pedro.  
(Cada uno está solo cuando gobierna.)

Pienso en el Capitello del Giotto,  
en las campanas de Florencia,  
en el cuerpo y en la voz magnífica de las florentinas  
que son un susurro y una caricia celeste,  
una melodía sensual y continua,  
un agua de sombras o recuerdos ardientes  
donde toda la realidad se desvanece.

(Así

el paisaje geométrico de la Anunciación  
ese paisaje donde las líneas son el hombre  
el trazo que hace de María y el ángel el comienzo de lo terrible  
la armonía del número y las tinieblas.)

(Cada uno está solo cuando crea  
cuando hace de su vida  
un *artificio de eternidad*)

Así pienso en mi país,  
en el hombre que un día se fue para su trabajo  
y dio trabajo a los asesinos.  
También se llamaba Lorenzo,  
también creía en el orden y en el equilibrio  
pero no en la política.  
También su agonía fue roja y oscura



(Una apuesta imposible,  
una armonía y una mística crispadas  
una altura que no se entrega.)  
Y un rigor, un síntoma,  
una transparencia más dura que la transparencia.  
Y una máscara voraz,  
una época,  
una grieta insaciable nos aproxima y nos separa.  
Y a la hora del amor  
Oh la edad del relámpago y el naufragio,  
el siglo del hallazgo,  
las voluptuosidades no sensibles,  
la lucidez desesperada.  
( ¡Ataúd, siembra o fulmina!  
¡Acosa, luz o escombros!  
¡Incendia, fragmento!)

Porque sólo nos une una flor,  
una tristeza impostergable,  
una tradición marchita,  
una inocencia que ataca.  
( ¡Adelante, Porvenir!)

He aquí el tiempo de los poetas.

## EL VERTIGO

Cavar  
la distancia  
entre un pájaro y su caída,  
entre un moribundo y su muerte.  
Postergar para las noches de invierno la decadencia, el hastío,  
el azul que sufre por ser siempre otro color,  
la lujuria que al fin piensa,  
la escritura pálida y exacta,  
la distancia ardiente  
entre la música y las palabras.  
No derrochar más la embriaguez,  
los cuerpos alzados por la carne,  
por el asombro más puro  
(Dos caricias, dos manos,  
el largo y ancho abecedario de la soledad y el incendio )  
Y cuando toda esta maravilla os haga caer de bruces.  
cuando el cuerpo sea el alma  
y el alma no exista  
erotizar los sentidos hasta nombrar

las fuentes por su ausencia,  
las mujeres por su cabellera roja y desplomada,  
los animales por su deseo o su sombra,  
los dioses y los hombres por su adiós                      por su errancia inexorable.

Entonces, dudar / arrasar la vida, / ser el festín y la fuga / el centro tan sólo  
cuando estalla (las murallas para derribarlas, las verdades para saquearlas,  
las palabras para no saber):

la doble ceguera del abismo y el infinito.

## LOS SIETE DURMIENTES

Las órdenes son precisas: la prisión clausurada, en venta.

El rigor de los prisioneros esfuma el mensaje, anula el paisaje.

El azar los ha llevado a unirse o separarse (según las estaciones, según  
las desdichas).

Al principio el dolor les hizo sentir un cuerpo.

Después, la imaginación ocupó el sitio de las mujeres (ellas nunca existieron).

Comenzaron los sueños.

Algunos hablaron de Revelación. Otros de Aniquilamiento.

De esta doble ausencia nació la lucha, el ritmo, la muralla que avanza  
(un laberinto para perderse,

un desierto para reflejar el fuego,  
un espejo y una sombra para extasiarse en el vacío, en la crueldad,  
en el yo absoluto).

Ahora, algunos escriben, otros mueren.

El silencio los ha domesticado.

En el Día del Juicio, cuando los deseos y la carne sean un solo cuerpo,

los Tapiados, los Durmientes, los siete veces Nada,

juzgarán a los vivos por sus sueños, no por sus actos.

Y la condena será comenzar de nuevo todo (exactamente igual, pero diferente).

Entonces, otra vez la tierra desolada, la bandera inmóvil de la fe,

la duda que corroe la esperanza y la prolonga.

(El verdadero trabajo humano: el rigor y el delirio.)

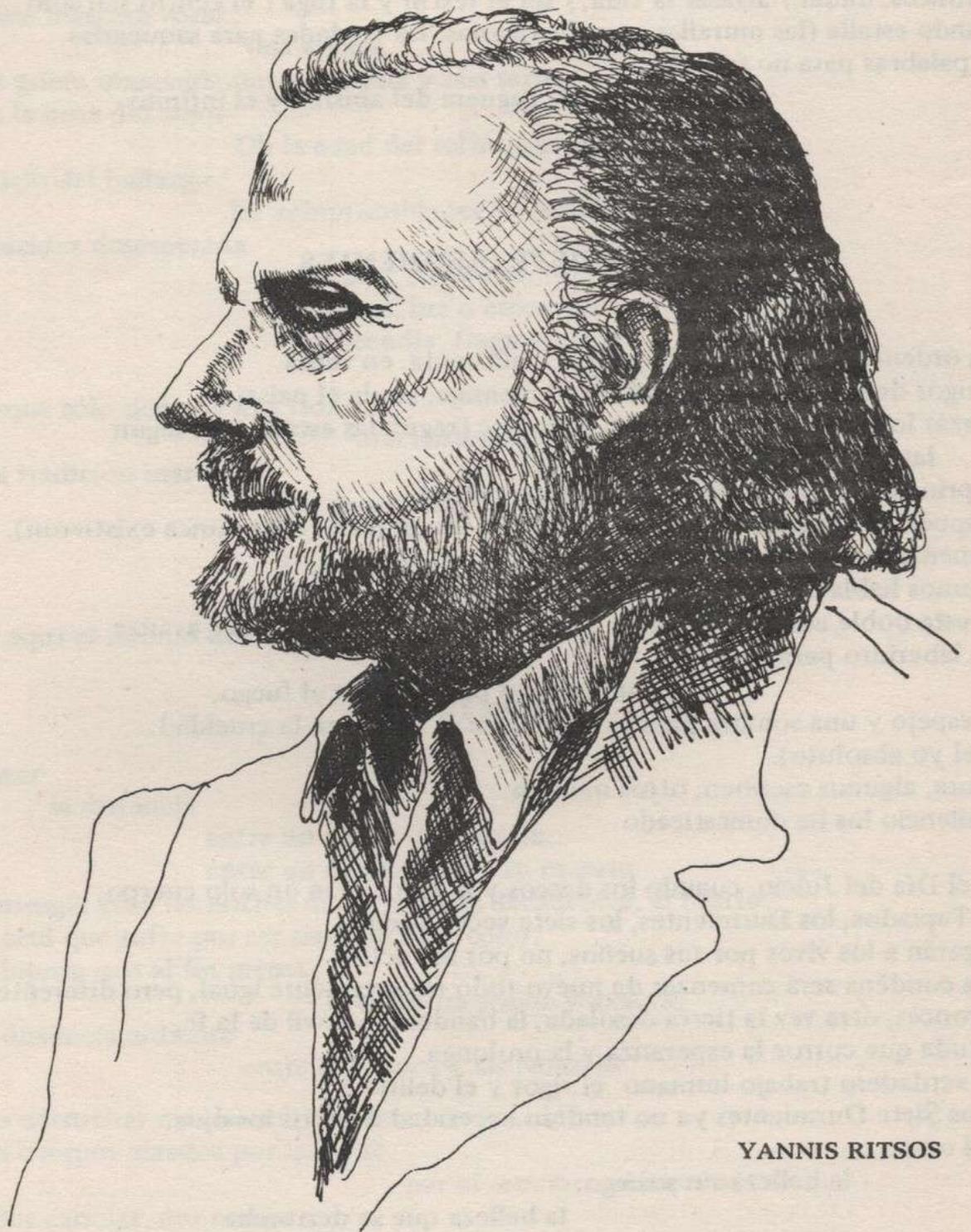
Y los Siete Durmientes ya no tendrán necesidad de abrir los ojos.

Y el ocaso

—la belleza sin sosiego,

la belleza que se derrumba—

reinará.



YANNIS RITSOS

LA SONATA DEL CLARO DE LUNA

*(Noche de primavera. Gran habitación de una vieja casa. Una mujer de edad, vestida de negro, habla a un hombre joven. No han prendido la luz. Un implacable claro de luna entra por las dos ventanas. Olvidé decir que la mujer de Negro editó dos o tres libros de poemas de aliento religioso. Entonces, la Mujer de Negro está por hablar al Hombre Joven):*

Dejadme ir con vos. ¡Qué luna esta noche!  
La luna es buena, –no parece  
que mis cabellos han blanqueado. La luna  
pondrá de nuevo el destello de oro en mis cabellos. No lo percibirás.  
Dejadme ir con vos.

Cuando hay claro de luna las sombras se vuelven grandes en la casa,  
manos invisibles corren las cortinas,  
un dedo pálido escribe sobre el polvo del piano  
palabras olvidadas –no quiero escucharlas. Callad.

Dejadme ir con vos  
un poco más abajo, hasta la cerca del ladrillero,  
hasta el lugar donde la calle da una vuelta y aparece  
la ciudad de cemento, aérea, cubierta por una capa de claro de luna  
tan desprendida e inmaterial  
tan positiva como metafísica  
que hace posible, por último, creer que se existió o que no se existió  
que jamás se existió, que jamás existieron el tiempo y su consunción.  
Dejadme ir con vos.

Iremos a sentarnos un rato en el banco de piedra, arriba en el cerro,  
y mientras la brisa primaveral sople entre nosotros  
quizá soñemos que incluso nosotros nos echamos a volar,  
porque, más de una vez, y aún ahora, escucho el sonido de mi ropa  
como el sonido de dos fuertes alas en su vuelo,  
y cuando se es tomada en ese sonido de brisa  
una siente la garganta compacta, los senos, la carne,  
y ceñida así en los músculos del aire azul  
en los recios nervios de la altura  
poco importa que se llegue o que se parta  
poco importa tener los cabellos blancos  
(esta no es mi pena –mi pena  
es que mi corazón no quiere también encanecer).  
Dejadme ir con vos.

Se bien que todo hombre se encamina solo hacia el amor,  
solo hacia la gloria, solo hacia la muerte

Lo sé. Yo lo he probado. Eso no sirve para nada.  
Dejadme ir con vos.

Esta casa está encantada, me rechaza  
quiero decir que es muy vieja, los clavos no sostienen más,  
los cuadros caen como si se hundieran en el vacío,  
los revoques caen al suelo sin ruido  
como el sombrero del muerto que cae rodando del perchero en el sombrío corredor  
como el guante roído del silencio que resbala de sus rodillas  
o como una banda de luna que cae sobre el viejo sillón destripado.  
Hubo un tiempo en que él también era joven, – no, no hablo del retrato que observas  
con mirada tan desconfiada,  
sino del sillón, ahí se estaba tan cómodo, se podía estar sentado allí horas enteras  
y con los ojos cerrados soñar en no importa qué  
– en una arena lisa, húmeda, barnizada de luna,  
más lisa que mis viejos zapatos que llevo una vez por mes a la tienda del limpiabotas  
de la esquina,  
o aún en una vela de un barco de pesca que se desvanece en la lejanía mecida por su  
propio soplo,  
vela triangular como un pañuelo plegado diagonalmente sólo en dos  
como si no tuviera nada para encerrar o guardar  
o para agitarse bien abierto en señal de adiós. Yo siempre he tenido debilidad por los  
pañuelos  
no para guardar allí lo que fuera,  
semillas de flores o manzanilla recogida en los campos a la caída del día  
o para hacerle cuatro nudos como el gorro que llevan los obreros de la construcción  
de enfrente  
o para limpiar mis ojos, – conservé la vista buena,  
jamás llevé anteojos. Una simple manía, pañuelos.  
Ahora los doblo en cuatro, en ocho, en dieciseis  
para dar una ocupación a mis dedos. Y he aquí que justamente me vino a la memoria  
que es así como medía la música en los tiempos que iba al Conservatorio  
con un delantal azul y un cuello blanco, con dos trenzas rubias – 8, 16, 32, 64 –  
llevando en la mano un pequeño duraznero amigo florecido de luz y de flores rosas,  
(perdonadme estas palabras – una mala costumbre) – 32, 64 – y mis padres ponían  
grandes esperanzas en mis talentos de música. Pero yo os hablaba del sillón  
destripado – allí se ve los resortes herrumbados, la paja  
yo me decía llevarlo al carpintero de al lado,  
pero dónde encontrar el tiempo, el dinero la disposición – reparar, ¿para comenzar  
qué otra vez? –  
me decía echarle un manto encima, – tuve miedo  
del manto claro con este claro de luna. Aquí se sentaba  
gente que había abrigado grandes sueños, como vos y como yo entre otros,  
y he aquí que ahora reposan bajo tierra sin que la lluvia o la luna les importunen.  
Dejadme ir con vos.

Nos detendremos un instante en lo alto de la escalera de mármol de San Nicolás  
luego tú, tú bajaras la pendiente y yo volveré atrás  
guardando en mi flanco izquierdo la dulzura del contacto fortuito de vuestro saco  
y también algunas luces cuadradas de las pequeñas ventanas del barrio  
y toda esa blanca niebla de la luna semejante a un largo cortejo de cisnes de plata  
y no temo emplear tal expresión, porque

me sucedió antaño, durante muchas noches primaverales, conversar con Dios que se  
me había aparecido  
en la bruma y la gloria de un tal claro de luna  
y a varios adolescentes, aun más bellos que tú, los he sacrificado para él,  
evaporando tan blanca e inabordable en mi llama blanca, en la blancura del claro de  
luna,  
abrazada por los ojos voraces de los hombres y por el éxtasis indeciso de los adoles-  
centes  
asediada por cuerpos admirables, cuerpos bronceados,  
de miembros vigorosos ejercitados en la natación, en el remo, en los juegos en la arena,  
en el fútbol (que yo fingía no ver)  
de frentes, de labios y de cuellos, de rodillas, de dedos y de ojos,  
de pechos, de brazos y de piernas (y realmente no los veía)  
— lo sabes, a veces, admirando, se olvida lo que se admira, la admiración os es suficien-  
te,—  
Dios, qué ojos claros, y yo me elevaba en medio de una apoteosis de astros rechazados  
porque así asediada por dentro y por fuera  
no me quedaba otro camino que el de lo alto o lo bajo.  
— No, esto no es suficiente.  
Dejadme ir con vos.

Lo sé, es tarde. Dejadme,  
porque hace tantos años, tantos días y noches y mediodías púrpuras, que estoy sola,  
inflexible, sola, inmaculada,  
incluso en mi lecho conyugal sola e inmaculada  
escribiendo gloriosos versos sobre las rodillas de Dios,  
versos que, os lo aseguro, quedarán como esculpidos sobre un mármol perfecto  
más allá de mi vida y de la tuya, mucho más allá. Esto no es suficiente.  
Dejadme ir con vos.

Esta casa no puede soportarme más.  
Yo no puedo llevarla más sobre mi espalda.  
Os es necesario siempre tener cuidado, tener cuidado,  
sostener la pared con el gran aparador  
sostener el aparador con la vieja mesa esculpida,  
sostener la mesa con las sillas  
sostener las sillas con sus manos  
poner su espalda bajo la viga que acaba de curvarse.  
Y el piano cual sombrío ataúd cerrado. No se intenta abrirlo.  
Siempre tener cuidado, tener cuidado que no caigan, que no se caiga. No puedo más.  
Dejadme ir con vos.

Esta casa, a pesar de todos sus muertos, no desea morir.  
Se obstina en vivir con sus muertos  
en vivir de sus muertos  
en vivir de la certidumbre de su muerte  
y en colocar sus muertos sobre las camas y los anaqueles ruinosos.  
Dejadme ir con vos.

Aquí, tan dulces como sean mis pasos en la bruma de la tarde,  
sea que llevo pantuflas o que camino descalza,  
algo crujirá, — un cristal se quiebra o algún espejo,  
se escuchan algunos pasos, — no son los míos.

Fuera, en la calle, quizá no se escuchen esos pasos,—  
el arrepentimiento, se dice, lleva zuecos,—  
y si se lo vuelve y se lo observa en este espejo o en aquel otro,  
detrás del polvo y de las rajaduras,  
se percibe más apagado y más partido aun su rostro,  
su rostro para el cual no se había deseado otra cosa en la vida que guardarlo puro e  
indivisible.

Los bordes del vidrio relucen bajo el claro de luna  
como una navaja circular — ¿cómo llevarlo a mis labios  
alterada como estoy, cómo llevarlo? — ¿Lo vés?  
me queda aún el gusto por las comparaciones — es todo lo que me queda,  
es lo que aún me da la certidumbre de no estar ausente.  
Dejadme ir con vos.

De un tiempo a otro, a la hora en que el aire declina, tengo la sensación que bajo las  
ventanas pasa el domador de osos con paso pesado con la pelambre cubier-  
ta de espinas  
levantando el polvo sobre el camino del barrio  
una nube de polvo solitario que inciensa el crepúsculo  
y los niños son metidos en sus casas para la cena y se les prohíbe volver a salir  
por más que adivinen detrás de las paredes el paso del viejo oso  
y el oso, cansado, camine en la sabiduría de su soledad sin conocer el fin ni la razón —  
entorpecido no puede bailar más sobre sus patas traseras  
no puede llevar más su capa dentada para divertir a los niños, los ociosos, los exigen-  
tes,  
y lo que más desea es extenderse sobre la tierra  
dejándose patalear sobre el vientre, jugando así su último juego  
mostrando su temible potencia de renunciación,  
su desobediencia a los intereses de los otros, a los anillos de los labios, a las necesida-  
des de sus dientes,  
su desobediencia al dolor y a la vida  
con la segura alianza de la muerte — incluso la de una muerte lenta —  
su suprema desobediencia a la muerte con la duración y la noción de la vida  
que asciende con conocimiento y acción por encima de su servidumbre.

Pero ¿quién puede jugar hasta el fin este juego?  
y el oso se levanta y retoma su marcha  
obedeciendo a su correa, a sus anillos, a sus dientes,  
sonriendo con sus labios agujereados a las monedas arrojadas por los bellos niños que  
no dudan de nada

(bellos justamente porque no dudan de nada)  
y diciendo gracias. Porque los ojos envejecidos  
no saben qué decir: gracias, gracias. Es todo lo que han aprendido.  
Dejadme ir con vos.

Esta casa me asfixia. La cocina en particular  
es como el fondo del mar. Las jarras suspendidas en los muros brillan  
como grandes ojos redondos de inverosímiles pescados,  
los platos se desplazan lentamente como las verduras,  
las algas y las conchillas se agarran a mis cabellos — luego no puedo arrancármelas,  
no puedo volver a la superficie,  
la bandeja se me cae de las manos sin ruido, — me hundo,

y veo las burbujas de mi respiración subir, subir,  
y observándolas subir me esfuerzo por divertirme  
y me pregunto qué diría alguien que se encontrara encima y viera esas burbujas,  
¿hay alguien que se ahoga o es un buzo que explora los fondos del mar?  
Y en verdad descubro frecuentemente en lo más profundo de mi ahogo  
corales y perlas y tesoros de vasijas náufragas,  
recontrados de improviso, y el ayer, el hoy y el porvenir,  
casi una confirmación de eternidad,  
una cierta recuperación del aliento, una cierta sonrisa de inmortalidad, como suele  
decirse,  
una felicidad, un arrebato, el entusiasmo mismo,  
los corales y las perlas y los zafiros,  
sólo yo no sé ofrecerlos – no, no los ofrezco –  
sólo yo no sé si pueden ser tomados – yo, en todo caso, los ofrezco.  
Dejadme ir con vos.

Un momento, el tiempo de tomar mi abrigo.  
Con este tiempo inestable se debe ser precavido.  
Está húmedo. Refresca,  
¿y no parece, acaso, que la luna hace más fresca la noche?  
Dejadme abotonar vuestra camisa – qué fuerte es vuestro pecho,  
– qué fuerte luna, – el sillón, digo – y cuando levanto la taza de la mesa  
queda un agujero de silencio debajo, pongo inmediatamente la mano encima  
para no mirar, – vuelvo la taza a su lugar,  
y la luna un agujero sobre el cráneo del mundo – no lo miréis, no lo miréis,  
escúchame que os hablo – ahí has de caer. Ese vértigo bello, ligero, – vas a caer, –  
la luna es un pozo de mármol,  
se mueven allí sombras y alas, clamores misteriosos – ¿no los escuchas?  
Profunda, profunda la caída,  
profunda, profunda la ascensión,  
la estatua de mármol firme en sus alas desplegadas,  
profundo, profundo el implacable beneficio del silencio,  
iluminaciones vacilantes de la otra orilla, como se vacila en la propia ola,  
respiración del océano. Bello, ligero  
vértigo, – ten cuidado, vas a caer. No me mires,  
mi lugar es la vacilación – el soberbio vértigo. Es así que cada tarde  
tengo un leve dolor de cabeza, una especie de aturdimiento.

A menudo corro a la farmacia de enfrente a buscar una aspirina,  
otras veces me fastidio y permanezco con mi dolor de cabeza  
a escuchar en las paredes el ruido vacío que hacen los caños del agua,  
o bien preparo un café y, el espíritu siempre en otra parte,  
me olvido y preparo dos – ¿quién bebería el otro?  
es en verdad gracioso, lo dejo enfriar sobre el borde,  
otras veces lo bebo también, mientras observo por la ventana la lámpara verde del  
farmacéutico  
como el farol verde de un tren sordo que viene a recogerme  
con mis pañuelos, mis zapatos finos, mi cartera negra, mis poemas  
sin una sola valija – ¿para hacer qué?  
Dejadme ir con vos.

¿Os marcháis? Buenas noches. Y yo, yo no iré. Buenas noches.

Pronto saldré. Gracias. Porque finalmente me es necesario salir de esta casa extenuada.

Me es necesario ver un poco la ciudad — no, no la luna — la ciudad de manos callosas, la ciudad del salario, la ciudad que jura en nombre del pan y de su puño la ciudad que nos lleva sobre la espalda, a todos nosotros, con nuestras mezquindades, nuestros vicios, nuestros odios, con nuestras ambiciones, nuestra ignorancia, nuestra vejez, escuchar los grandes pasos de la ciudad, no escuchar vuestros pasos ni los de Dios, tan solo los míos. Buenas noches.

*(La habitación se oscurece. Alguna nube, parece, ha ocultado la luna. Repentinamente, como si una mano hubiera levantado el volumen de la radio del bar vecino, una frase musical muy conocida se deja escuchar. Y es entonces que comprendo que era la "sonata del claro de luna" lo que acompañaba en sordina toda esta escena, solamente su primera parte. Ahora el joven debe estar descendiendo la cuesta con una sonrisa irónica, quizá, incluso, mezclada de compasión, sobre sus labios bien tallados y con un sentimiento de liberación. Cuando haya llegado a San Nicolás, antes de descender la escalera de mármol, reirá — una risa brillante, irreprimible. El sonido de su risa no será discordante bajo el claro de luna. Lo único que quizá pueda parecer discordante es que su risa no sea para nada discordante. Luego, el joven se callará, se pondrá serio y dirá: "La decadencia de una época". Enseguida, ya calmado, desabotonará nuevamente su camisa y retomará su camino. En cuanto a la Mujer de Negro, no sé si finalmente salió de la casa. Y en los rincones de la habitación, las sombras son oprimidas por un arrepentimiento insoportable, casi cólera, no tanto por la vida sino por la inutilidad de su confesión. ¿Me entienden?. La radio continúa):*



Atenas, julio de 1956.

Traducción del griego al francés: Aleços Kataza.  
Del francés al castellano: Víctor Redondo.

# RAUL VERA OCAMPO

## TRES POEMAS DE MARRAKECH

### Nueve (*de Koutoubia*)

Premura que acumula  
en años todo aquello  
que transcurre; para qué  
despertar insomnes pesadillas  
azorados vislumbrar conjuntos  
de hechos si llegará  
el momento aquel  
en que detendrás tu mano  
y tu cerebro  
para estirar sigilosa  
y retrospectivamente la memoria  
como un gusano impactado  
por el deterioro  
y regocijarte con segundos,  
pantallazos de aconteceres  
que entibiaron tu piel  
y las caricias que ensueñan  
las noches que te quedan.  
Premura que recorro  
gastado ahora  
por todo lo que no transcurre  
ni lo hará  
nunca más.  
Después de los hoteles europeos,  
de las avenidas vidriosas  
acostumbradas al ajeteo  
de otros pies menos silenciosos,  
la torre alta, la visión alta  
de la mezquita  
Koutoubia por delante  
Koutoubia por detrás  
y alrededor nada que dijera  
las expectativas, los cuerpos,  
las derrotadas multitudes  
que arrastran sus miserias, que vierten  
sus dedos avergonzados como  
reptiles oscuros tras los muros  
de la casbah milenaria;  
nada señala

ese indicio impalpable oculto  
en murallas de día  
en murallas de noche  
como úteros secretos de deseos  
que no saldrán aunque incineren  
sus telas, horaden sus piedras  
y caigan las paredes que describen  
sus carnes  
en castillos de naipes devorados  
por un simún extraño.  
Pobres ojos míos que no ven.

### Veintitrés (*de Bab Aguentaou*)

*Nadie regresa  
del territorio interdicto;  
nadie cuenta  
de esa región ténebre  
que alimenta un mal dormir  
y una peor vigilia: nadie;  
ninguna voz,  
ningún timbre de sonido,  
huella de pie, rastro  
de uñas o mísero líquido  
es testigo  
de esa tiniebla que perdura  
más allá de sus muros,  
sus paredes, sus seres ciegos  
y hacinados de tracoma: ninguno;  
nadie regresa  
de ese paraje indescripto,  
borrado de toda escritura,  
relato o garganta  
sorda (muda) que nutren raros  
aires y peores vacíos:  
nadie.*

*Caer así  
es caer sin importar  
qué salida, rincón o destino  
merecen la estadia  
de querer, afrontar,  
ser partícipe de qué  
datos, qué señales;  
irreprochable nitidez  
del silencio,  
blancura inseparable  
que acompaña mi frío  
cautiverio  
sin reparar en causas  
ni efectos,  
vanas pruebas de una fatua  
razón que sepulta  
mi prisión  
como hierros retorcidos  
innecesarios  
instrumentos  
de qué verdad  
de quién.*

### **Veintinueve (de El Aguedal)**

Quisiera creer que ese sol,  
esa marea de roca,  
esa muralla del Atlas  
contienen otra presencia.

Quisiera creer que las puertas  
de los muros, las mezquitas,  
zocos, medersas de la medina  
contienen otra enseñanza.

Quisiera creer que esos tubos  
recorridos, esas bocas  
alucinadas, ese deambular  
frenético dicen otra palabra.

Quisiera creer que la paz  
deseada, conseguida, arañada  
en el pozo ciego de extrañas  
casbahs oriente mi final.

Todos estos años idos  
velan un cuerpo débil  
que asienta tras de sí  
una huella que se borra.

Así surcamos edades  
inhóspitas, fiestas de todos,  
para encontrar el signo  
que nos devele.

La madura fruta  
que el árbol calienta  
como ingrata condena  
de perdurabilidad.

Quisiera creer que todo  
cuánto he tocado  
bebido en mis sentidos  
compone otra armonía.

Quisiera creer que antes  
y después y ahora  
habrá un momento pleno  
que redima los demás.

Quisiera creer que ese sol,  
esa marea de tierra,  
ese pedazo de Marrakech  
no es un oasis más.

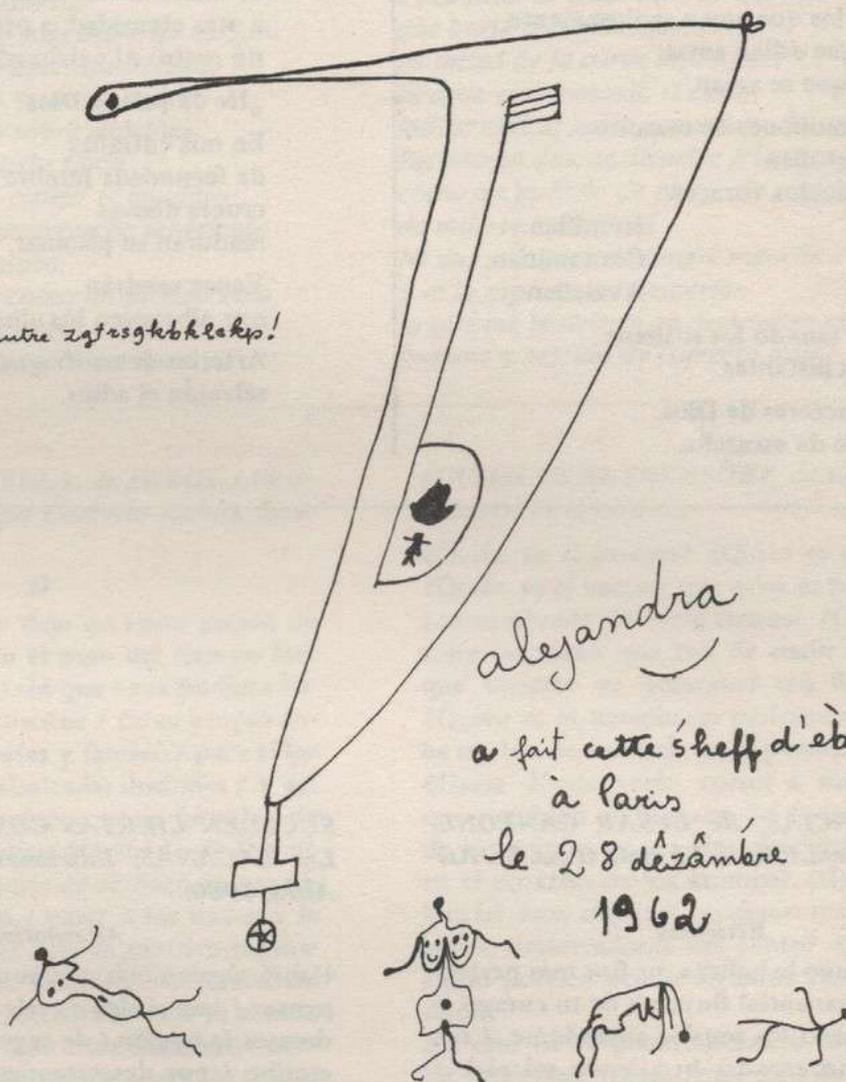
Quisiera creer que esos jardines,  
esos olivos del siglo XII  
perdurarán en mis años  
como un asilo de fe.

Quisiera creer que un día  
todo lo escrito, lo hablado  
lo visto, lo oído y tocado  
quedarán en mí impregnado

Aguedal de mi memoria.

# LA PUERTA

Tiens! un autre zgzsgkbbkky!



Alejandra

a fait cette s'heff d'ebre  
à Paris  
le 28 décembre  
1962

*Dibujo de Alejandra Pizarnik,  
incluido en una carta enviada a Graciela Maturo.*

ANA EMILIA LAHITTE: POEMAS CON DIOS Y CON MASCARAS ( *inéditos*)

SUBBRAZAS

Son los terribles.  
Los condecorados hacedores  
de máscaras.  
Sus filos de osamenta  
nos socavan.  
Son los que aman sigilosamente,  
porque odian amar.  
Los que se aman.  
Sus muñones de encanto  
desarrollan  
tentáculos voraces.  
Humillan.  
Contaminan.  
Avasallan.  
Y el mundo los sostiene  
unos instantes.  
Seductores de Dios.  
Trigo de escarcha.

LIMITE

El hombre  
y su intemperie.  
¿Sabré asir la masacre final  
de nuestras máscaras  
a otra eternidad, a otra raza  
sin rostro ni palabras?  
¿He de parir a Dios?  
En mis entrañas  
de fecundada lumbre  
cruces nuevas  
maduran su pleamar.  
Venas vendrán  
que alberguen los alisios.  
Arterias de naufragio  
salvarán el adiós.

**CONFLUENCIAS**, de CESAR CANTONI.  
Ernesto Girard Editor, La Plata (Pcia. Bs. As)  
1978.

*Estigmas*

No te perdono la belleza, tu flor más perfecta, / ni el manantial fluyente de tu cuerpo. / No te perdono los muslos amándome, / tus muslos como espadas hendiendo mi piel. / No te perdono la espina de tu boca / ni el oro esplendente de tus miembros. / No te perdono los pétalos del pubis, / ni tus senos callados, / ni tu frente de rosas. / No te perdono que me quieras con miradas / ni que me besen tus ojos como labios. / No te perdono la herida de tu sexo, / tu vientre cavernoso donde anidan palomas. / No te perdono el amor derramado por mi piel, / trocando en estigmas los instantes. / No te perdono, no, la luz de tus mejillas, / la tenue y núbil luz que besándome, / oh anhelada, / oh nudo de mi sangre, me inventa y me consume.

**SUCEDEN CIERTAS COSAS**, de MARCELO KACANAS. Ediciones Cítereas, Buenos Aires, 1980.

*Alternativa*

Habrà alguien más que nosotros / como para pensar / que si algo no sale bien / apenas tendremos la opción / de sugerir que no todo se escribe / por desgarramiento, / o incluir algún rústico pasaje de los días / para que las cosas sucedan así nomás, / alguien levantando una historia / como posible, / otro atropellando esa circunstancia / por peligrosa. // Siempre hay un poder: se observa, se discute, / intentando usar la ciencia / contra la protesta. / los realistas dirán que peor / sería lo otro, / los rebeldes sólo harán lo suyo / como no lo harían ellos / pero saben al fin de cuentas / que lo que será, será.

MOMENTO DE PROUST

*Sueles mojar la lengua en la gelatina de Proust  
y rescatas algunas líneas soñadas  
para tu cuarto maloliente. Así que instalas  
un soleado aposento cuyos cristales  
se abren a un jardín otoñal. Hay flores  
en casas doradas. Una niña que ondula  
en pálida muselina flotante  
se sienta al piano y lo más suave de Chopin  
organiza un universo azul equilibrado.  
Si ese mundo existió, como la dulce  
superficie de un lago sobre alimañas  
en gestación, has llegado tarde.  
La fractura de aquel espejo te condujo  
a este cuarto frío, con escarcha sangrienta  
en el vidrio de la ventana,  
esta cólera prendida como un gargajo seco  
en el fondo de la garganta  
y que no puedes escupir ni devorar.*

CRIMEN PERFECTO

*En mis fantasías nocturnas  
un cisne blanco  
es perpetuamente degollado  
por un solo de hacha, exacto.  
La operación es pulcra y esquemática,  
un modelo de silencio  
e instantánea guillotina horizontal  
que corta el cuello idealmente  
en mitad de la curva inferior.  
El agua está inmóvil; el cisne  
indiferente al jadeo inmediato del asesino.  
Partido en dos, se disuelve fríamente  
como un puñado de nieve, sin rastros  
de muerte individual.  
Ni una sola gota de sangre mancha el sueño  
y es la ruptura del despertar  
lo que me convierte en destructor especulativo  
impune y vestido de correcto azul.*

**4 BUSQUEDAS y ELLA, de JORGE LEPORE.** Ediciones Grupo Literario Kairós, Buenos Aires, 1981.

II

Un hombre se va y deja un ramo escaso de recuerdos / que con el paso del tiempo fueron acumulándose / sin que nada pudiera hacer para evitarlo / Fautor / de su propio ritmo engendró fantasías y fabricó / para sí las más encantadas y abultadas ilusiones / Y así es que al fin el comienzo necia fatuidad de la / que pocos escapan / Desnudo de fe y de males tales / y ausente de su flaco ánimo toda farsa tuvo de su / parte a los hados y le fue posible expulsar / de su espíritu esa manía portentosa que helaba sus / miembros prematuramente / Recostado en / el aislado farallón solo y agotado érale hacedero / contemplar la gestación de un porvenir al cual por / extraña causa inexplicable y oculta se sentía / íntimamente unido y un sinnúmero de deseos cálidos / bullían en su cabeza prontos a germinar en un abrazo / fraterno noble y fidedigno / Una / sensación híbrida y vaga parecía desprenderse / de cada uno de sus miembros contagiando el cuerpo / de una esplendidez pura y libre / Y / los dedos de su mano derecha se movieron febriles y / ágiles dibujando en el suelo los pasos de una danza / gaya florecida en un rincón de la memoria / Una / brisa lánguida y floja disolvió el postre quejido / El lance de vivir fenecía unívoco que morir / se muere solo

**¿QUIEN ES EL INVASOR?, de EDUARDO MILEO** (obra inédita)

¿Quién es el invasor? ¿Quién es el invasor?  
¿Quién es el invasor que posa su pezuña des-  
acostumbrada en estas tierras? ¿Quién es el  
alma borracha que tan de nadie ha sido y  
que invierte su polaridad tan fácilmente?  
¿Quién es el harapiento pederasta que exhibe  
su don de ausencia en la penumbra?  
¿Hacia dónde verán correr a sus hijos los  
que tiemblan en la mano del fuego que nace  
de sus corazones y se instala como un virus  
en el corazón de los átomos? ¿Hacia dónde  
huirán esos vientres progenitores de mon-  
struos, desterradores del canto? ¿Hacia qué  
exilio poético acudir en estos casos? ¿Hacia  
dónde?

En esta tierra profundamente olvidada por  
las profecías. Hambrienta de pájaros. Clava-  
da en el intestino del viento como una fle-  
cha hueca de ideas y de lágrimas. En esta in-  
mensa prole de animales jadeantes que desor-  
bitan los ojos al tambor de sus espaldas. En  
este destino atónito de polos achatados en  
que habita el Terror. La clarividencia del Ter-  
ror. La ciega imagen del Terror.

¿Quién es el invasor? ¿Quién es el invasor?  
¿Es Cristo acaso? ¡Que conteste! ¡Que con-  
testen sus oídos sordos! ¡Que conteste en  
esta tierra, bendita por los papas y las gue-  
rras, donde se plantan cruces y se cosechan  
hombres!

**FICCIONES DE LA SANGRE**, de ALEJANDRO ELISSAGARAY, perteneciente a su libro inédito *Las Blancas Agonías*:

¿Con qué vino me hicieron? / ¿Con qué humareda de cuervos con qué / relámpago de soles / en el mar / Con qué licor de la desesoperación de los abismos? / Y no la otra muerte; / la iluminada de destrenzar el silencio y la piel / el de las bocas de pradera. // Con ácido en el cerebro lleno de culebras sin / olvidos ni rayos / complejo como el trueno / en su infierno simultáneo // Toda alquimia ha sido vana contra los picotazos de / cualquier herejía bella / Contra el susurro de esos huecos de madurez en la / noche como disolver la carne en una hondonada de corazones / en un reverbero vírgen de la muerte / Y la gran serpiente de mi pulmón sostiene con sus fuegos / mojados toda la fragilidad de las tardes inmensas / que naufragaron por mi piel / Toda la fragilidad del hospicio y del océano a cuyas bocas / de orgullo solemente me someto / Y luego lechos de sol con nieblas que fluyen en / la luminosidad y esa paz / violenta con los clarines del amanecer / y a la que todos los diamantes de este mundo fueron incapaces / de quemar / Y por huir de vuestros lazos ¡oh mujeres de pechos de zozobra! / Y de una belleza larga y salvaje / el cerebro golpea con amargura esa puerta que sangra / el dibujar de pequeñas almas carnales / que retumban contra las olas del tiempo / frías y hemisféricas almas inalcanzables / como la oscura serenidad en los ojos de Edipo.

**ROMEO Y JULIETA VIVEN**, de CLAUDIO BRAMANTI (obra inédita)

Los dos adolescentes que en la plaza se tomaban de / los pelos, las holgadas camisas o los poco abultados / límites del cuerpo, ensayando primitivos modos / de acariciar topándose / las caras, por no hablar, no devanar / su nudo en discursos improbables / y se querían en colisión / como las estrellas, con riesgo / y más se querían como fósforos / sin luz prestada / y se requerían dulcemente / como imanes temblando / por no morderse, no teminar dañándose // eran el paisaje del amor, su cruda piel, su magnetismo.

**POEMAS**, de PABLO ANADON. Asociación Santafesina de Escritores, Ed. Colmegna, Santa Fe, 1980:

*De años y cenizas*

Tal vez / los hijos de nuestros hijos / no sepan de nosotros. // Sólo / vagamente / una historia / de años y cenizas. // Los mayores nos hablan. // Es un sueño / un relámpago en la noche.

**POEMA**, de MERCEDES MASSONI (*Necobea*), incluido en Nueva Cruzada Literaria, número 14, La Plata, 1980:

No es la impaciencia la que te hiere y te ahoga. / Es esa intemporalidad inmanente / que urge, que presiona, que subyuga, / porque no renace nunca / pequeño dios, / nunca demiurgo, / sólo hombre débil, pequeño, / hombre nutrido del caos / de esa tierra que anhelas crear; / nutrido del bullicio, de la fealdad, / de la impotencia, del desgano, de la comodidad. / Te sientes / en el abismo de tu molde. / Y hay en ti, / profundamente anclado en tu naturaleza, / en una vertiente de tu raíz, / una pizca de genialidad, / un brote de novedad, / único, original, / que no nace / que no puede crecer / o no lo dejan. / No lo dejan / los hartazgos, / la indolencia, / la humillación, / la excesiva cordura. / La apertura de días y días / está lejano. / Y se necesita madurar esa frágil visión, / ese irracional sentir de cada minuto, / esa tenue fragancia a lugares distantes, / esa locura de creer sin causa. / Se necesita madurar el desgaste de los ojos, / y las pasiones adormiladas en el alma. / No es la impaciencia la que te hiere y ahoga; / es el espacio reducido a nada / y el tiempo corriendo hacia la muerte / y tú solo, sin palabras.

**GAMBETAS**, de SILVIA BONZINI. Fundación Argentina para la Poesía, Buenos Aires, 1981:

*Gambetas*

El reloj —un caracol de tiempo— / se arrastra zigzagueando / por una esfera en sombras. / Maestro del esquivar / va dejando su baba y la detiene / sobre las cosas que amo. (Todavía). // (Tu risa mientras tanto / baila incansable / sobre la pista ya gastada del recuerdo). // Ya vamos, caracol, / ¡a tu casita! / No hay gambeta que esquivar tanta ausencia.

**EL OJO Y LA PIEDRA**, de HORACIO PRELER. Editorial Rodolfo Alonso, Buenos Aires, 1981:

*Conocimiento del sueño*

I. Nuestra lucha es evitar que el tiempo se apropie / de todo lo valioso. / No hay alternativa, sólo el lento acontecer. / Una sola razón es la que vale y no puede cambiar, / el origen es aquél de costumbre, / el que un día no podrá persistir / (lo que conduce al sueño en él perecerá). / Sólo la realidad se fundamenta de todas las edades / y de la creación / que perpetúa la certidumbre de lo humano.

II. A veces persistimos para concretar una idea / o forjar un sueño consecuente. / Al final del esfuerzo descubrimos engaños / y falta de dimensión. La nota está en la oquedad / donde nos debatimos con entereza. / Frágil es la aventura que nos pertenece. / No hay tregua, nada que pueda protegernos / ni siquiera aportar un poco de amistad / con lo desconocido. / Lastre de la penumbra que fugazmente entrega su dureza / su descarnada edad.

III. No se puede acrecentar lo perdurable / ni la riqueza que se trueca, / ingenua creencia del valor de los objetos transitorios. / Lo que es nuestro ya no tiene valor. / Valioso es lo que vaga sin dueño / ni obstáculo alguno.

**MEMORIA DEL AIRE Y DE LA LUZ**, de MARIA LUCRECIA ROMERA. Fundación Argentina para la Poesía, Buenos Aires, 1981:

*Memoria del naufragio*

Con este catalejo abro cartas marinas salvadas / del naufragio, bordeo sus islas de corales, / los nombres sin tiempo que flotan / en océanos, estrechos y pasajes conquistados / a furia de insomnio y osadía. Hacia el sur emergen las proas / de las naves deteniendo los vientos, / el huracán irrefrenable / que devuelve el olor marino de los cuerpos / y agita los ojos sepultados por siglos, / ciegos ya de óxido y escama. / Más allá comienza el dolor de los vivos en la costa, / los párpados replegados en el esplendor / de la última crestas, las barcas / que regresan rotas y vacías / mientras los pescadores hunden sus rostros / cansados en el fondo, entre sales y peces. / He aquí el mar, muerte y luz enterrando generaciones / sin memorias, sin lápidas, / sin palabras finales. Sólo las redes, / la antigua mercancía balanceándose al sol, el recuerdo, / la historia familiar de los cercanos. / Y ese sonoro movimiento / que no principia allí ni acaba nunca. / De ti nada sobrevive; todo lo devoras. / Y en tu espuma se pierden / la herrumbre, los peces, los corales; / también los solitarios que, de tanto amarte, / duermen abandonados en la arena.

**LUIS BENITEZ: . . . . . DESPUES DE LAS PALABRAS**

*Y ahora te devuelvo, te exhalo: entre mundos contrarios siempre estarás perdido. Doblemente exiliado, criatura del sueño, entre aquí y allí, donde estás parado. Serás mi huérfano en un mundo de emblemas y te perseguirán la espada, el gancho y la fría risotada: sólo tú sabrás dónde queda Itaca.*

*Serás mi huérfano en un mundo de emblemas pero sabrás qué mástiles sostienen esas lágrimas: conversaciones, teléfonos y rostros serán tu escarnio, dos días tus verdugos, pero a ti te hará llorar una palabra. No volveremos a vernos nunca y nos veremos siempre: esta sola ironía hará que todo exista y se contemple. Pero serás sagrado. Itaca no se olvida de lo que arroja al mar. Sabrás que en cada cosa y hombre hay una porción de tu isla.*

*Te asomará a ella para verte desnudo, solitario, repleto de tu alma, intacto. Tu isla será cualquier cosa: un fragmento de pan peculiar, la insólita confirmación de esta noticia grave. Pero serás casi siempre una puerta cerrada. Itaca no se olvida de lo que arroja al mar. Y así sabrás que Itaca no existe y que no existe el mar. Las dos caras de una moneda caerán sobre tu mano. Serás sagrado y algún día (sólo yo tengo tu Palabra)*

*Algún día todo será plenitud.*

*Itaca inundará el mar.*

## DOS POEMAS DE MARCELO MORENO

### Revelación

Visitado al fin  
la voz olvidada habló;  
sin descanso  
supo prolongar  
debidamente el esperado  
sueño de oír.  
Volvió entonces los ojos  
del helado, famoso rostro  
que devora los días en su interior  
en su interior.  
Mudo — ¿qué idioma, mueca? —,  
dejó a la música los ornamentos  
y en soledad buscó el espejo.  
La rosa de sombra  
también espera.

### Matrimonio

La música alumbra  
pero el fuego,  
¿dónde?  
El pasado nos llama  
con voces calmas  
y otra vez el espejo  
encuentra aquellos rostros.  
Que las ciudades boqueen su muerte.  
y la religión promulgue la desdicha  
no detendrá la ola que nos eterniza.  
Del pensamiento y otras bestias  
de la noche nos alimentaremos;  
mudos, con las palmas abiertas,  
sin nada que decir y la música.

(de *El número único*, Editores Cuatro, Buenos Aires, 1981.)

### POEMA, de GUSTAVO ZAPPA (inédito):

El puerto antiguo es la morada de los muertos  
sin flores. // En el corazón de la ciudad / el  
placer y la angustia extienden su desorden. /  
En los barrios suburbanos / el sueño de las  
flores / tiene música de organito. // Campa-  
nas dormidas. / Santos que caminan en el in-  
terior de la catedral. // Un cura párroco / llo-  
ra abrazado a la virgen. // Sobre los hombros  
de un suicida / la noche avanza en círculos.

### SOBRE LA HIERBA, de SUSANA SZWARC (obra inédita)

La noche. / Una niña mira a través de la ven-  
tana. / Mira la oscuridad. / Tiembla. / Cuan-  
do escucha el ruido de unos pasos / sobre la  
hierba / se estremece. / ¿Quién se ha atrevido  
a enfrentar la oscuridad? / Desea averiguar-  
lo. / Sale la niña a la noche. // Se oye un la-  
mento. // Amanece. / La niña descansa so-  
bre la hierba / Una paloma se enlaza a sus  
cabellos / Las huellas de los pasos / se han  
perdido en el rocío

### EL CUERPO DEL HORROR, de JORGE S. PEREDNIK. Ediciones Tierra Baldía, Bue- nos Aires, 1981.

#### *Las Pielés*

Tengo la memoria borrada por el velo y soy/  
la confusión y la máscara. El sueño vuelve /  
inabordables los sueños y unos pocos / des-  
cubren la mentira; // guardo en mi valija to-  
das las pieles viejas / perdidas en combate.  
Una lepra de gladiador / desconsolado. Adio-  
ses de héroes muertos. Men- / sajes telepáti-  
cos nunca recibidos. Yo mismo / soy una piel  
con vida, listo a perderme en- / tre abismos  
de multitudes y noches que se / estiran in-  
consolables. // Cuando cae mi piel me desha-  
go en fantasías: / pongo la noche sobre el  
ataúd y hago extraños / los barrotes, soy  
una ilusión que camina / hacia el cadalso. Mi  
alma de vagabundo en / celo decapita a los  
amigos de las corazas / fijas y mutila al cons-  
tructor de puertas con / cerrojos. La escalera  
al paraíso está poblada / de peldaños maldi-  
tos. / Pierdo la piel y deseo un mundo des-  
carnado. / Ataco con el puño y la demencia  
y pierdo / otra piel en la batalla. Tengo un  
baúl / repleto de pieles cuya suma es idénti-  
ca a mi vida.

## POESIA PARA UN TIEMPO INDIGENTE

Tal el nombre de la antología, próxima a aparecer, que reúne veintidós poetas, y cuya compilación estuvo a cargo de Luis Alberto Ballester, Carlos Velazco y Rogelio Bazán. Dedicada a los poetas Arturo Ghida y Luis Di Paola, congrega, entre otros, además de los compiladores, a Paulina Vinderman, Antonio Requeni, Jorge Paita, C.A.Merlino, Jorge Calvetti, Oscar Hermes Villordo, Graciela Maturo, etc. Reproducimos un poema de uno de sus infatigables organizadores:

*En el mayor dolor se enciende la claridad del día,  
perfecta es la aurora tras la noche que habla.  
Y los jardines, rosas exactas de la infancia,  
volcanes que germinan en el pecho del solitario,  
se azulan en los bosques bajo un cielo de badas.*

*La tarde dibuja los sueños del solitario,  
como una campanada lenta caen las sombras  
en la paz dorada del campo donde nacen las miradas.  
Giran en los setos las grutas de las campanulas.  
La soledad muere bajo el cielo de verano.*

*La noche se puebla de un cariño invisible,  
amanece en los ojos de los enamorados  
que la aurora separa;  
sólo en los jardines atardecidos  
sus sombras se unen como labios sombríos.*

*Queda la luz plata líquida  
sobre un agua  
que derrota lo fugaz.  
Brotan los sueños del solitario  
en la dicha que trae el viento.*

*La luminosidad  
hospeda al mundo,  
a la sombra de lo efímero.  
Germina la dicha,  
y todo habla en la boca  
del amante.*

*Luis Alberto Ballester*

**VEINTICINCO POEMAS CHINOS, de ALBERTO LAISECA. Inédito:**

### *Escribiendo un poema*

Escribo este poema con una delgada varilla de junco; / la tinta, al deslizarse, produce un ruido ensordecedor. / La clarividencia otorga deslumbramiento / y un pequeño dedal de malaquita / creca hasta contener el Río Amarillo. / En la pared de mi cuarto / está la vieja pintura de una rosa bermellón; / ese inofensivo objeto neutro e indoloro / me aturde con el insoportable perfume de miles de flores. / Todo eso has producido en el corazón de quien espera.

*Hwang Tsi Lie Dinastia Chou*

**LA TORTUGA, de GUILLERMO E. PILIA, incluida en la revista Huaico, Buenos Aires, año 2, número 11, abril de 1981:**

La tortuga, el único animal para el que el agua/ gotea espesa en los relojes milenarios/ y va paso a paso acercándose a su origen, / a la piedra de su hemisferio, a la madera / al nudoso tronco oriental en que su piel / se ha curtido por el lodo centenario. / La tortuga, prehistórico testigo que cruza / este suelo de arsénico, muda, sin albergue, apergaminada/ como un patriarca bíblico. Su silencio / es su longevidad, su prudencia; su caparazón, / el futuro cuenco de los siglos venideros...

## CARLOS VLADIMIRSKY: *LA CASA DEL AMOR (fragmentos)*

I Si el "ser ahí" (modo de existencia del hombre), puede, según Heidegger, perderse, ganarse, o creer que se ha ganado, pues es su posibilidad, el tiempo, un "precursar" que lo convierte en un "ya siempre", la comunicación poética sería, entonces, una comunicación de existencia a existencia para compartir el fuego del ser por la palabra.

Lo desconocido pugna por ser apresado (por el poeta y por el lector-poeta), pero siempre late algún misterio.

Es que la poesía va más allá de las coordenadas de la razón: pariente del juego, de la angustia, del amor, de todo y nada, ella intenta crear un espacio y un tiempo que difícilmente podrían ser apresados de otro modo. Y el lector, un poeta más concreto, es el encargado de efectivizar el rito; por él la magia se hace carne, materialidad, y el espíritu vuela.

Para soltar amarras a lo desconocido, necesitamos un lector: alguien que dé sentido a nuestra mirada y a nuestro peregrinar por las cosas y el mundo.

El poeta es, primero, lector de sí mismo; para ordenar el caos, o, tal vez, para crear otro nuevo, instaura un lenguaje: deseo de fijar los dinamismos de la vida en un escenario diferente. Transparente u opaca, cruel o tierra, la palabra vuelve a su origen: el lector da el golpe de gracia, incorpora la palabra a la sangre, vuela o desciende a los abismos. Consume, tal vez, un milagro, si entendemos por milagro lo asombroso-inaccesible a las puras experiencias de la razón, o lo inexplicable por las meras relaciones de causa-efecto, como la obra de Jacobo Fijman.

El poema, cuerpo siempre joven a pesar de los siglos, afirma la libertad del hombre, puede decir que dos y dos son ocho, o agua, que la vida es intensa, que estamos más allá de todos los fracasos y las culpas. Y que, si a veces somos un fracaso, el fracaso puede ser bello, luminoso, transparente.

II. El poeta es un hombre que siempre se pregunta. El poema es una pregunta dirigida a un lector que siempre se pregunta. El poema es también la casa del amor y la tristeza: en ella se internan los solitarios, pero el sacrilegio está abolido: sólo comunión y sinceridad, pureza y aventura son las llaves para aniquilar los soles de la rutina.

En ella nos espera un anciano llamado Tiempo, que nos recuerda con alegría que moriremos. Y hay una cama hermosa, perfumes, los vientos de mayo y el sabor de la sangre.

Juanele Ortiz encarnó, creo, la imagen perfecta del amante: donó una Palabra, una música y una vida estremecidas, que acompañan al río. Criaturas humildes, seres sencillos, la naturaleza, el misterio, el rigor formal más hondo, confluyen en su obra para que el lector se apropie del poema-flor, del poema-río; nos acercamos a un mundo sostenido por la autenticidad y la pasión.

El lector y el poeta son vecinos: los une el silencio, el dolor, la búsqueda incesante de sentido y plenitud. A veces, un libro en mis manos es una aventura, una invitación al viaje, un juego y un compromiso. La casa del amor es infinita aunque el espíritu sopla donde quiera.

Lo invisible, lo desconocido, nos dan miedo; tal vez de esa tierra brote la casa azul. Estar en ella es salvarse (creer que uno se ha salvado) pero casi siempre sobrevienen la desesperación, las dudas, nuevas obsesiones (piénsese en Baudelaire).

Sin embargo, tal vez por unos instantes, poeta y lector han encontrado, juntos, su lugar en el mundo: entonces, la misma palabra será innecesaria, pues ella expresa discontinuidad e insatisfacción. Sólo silencios y músicas en lo alto de la casa; el Albatros encuentra su destino.

IV El lector, cómplice sediento de emociones y sentidos poéticos, buscador de caminos en el mar, organiza su ruta acompañando la melodía del autor.

Encuentro amoroso, danza, retorno a la infancia, placer, dolor y olvido, lo que se intente, tal vez, sea preguntar por la vida y la muerte, por todas las situaciones del mundo y del "trasmundo" del que me habló Juanele Ortiz.

Entonces, habrá amor, odio en la entrega; adhesiones, rupturas, recuerdos. El corazón del autor y el corazón del lector se hundirán y copularán, tal vez, en una memoria común, en una memoria arcaica, en una memoria primordial.

Vida y muerte serán pasión y silencios unidos por el poema en el corazón del hombre. Porque un hombre, en la lectura, ha violado muchos códigos, ha establecido contactos con los secretos y su silencio. Comprendió, quizás, que amor, muerte, verano, deseo, son sólo distintas palabras para nombrar la vida y los recuerdos.

Así, autor y lector conforman una auténtica metáfora de la relación Uno - Otro, distintos momentos para dramatizar las dificultades del hombre por comunicarse, por trascender su corporalidad pero al mismo tiempo afirmarla.

El resultado de tal intento puede ser un Banquete sagrado, la indiferencia, el rechazo o la búsqueda de otros cuerpos tatuados por palabras que calmarán al sediento. Poema, hombre, cuerpo, casa del amor: la misma opción encarnada en diferentes vocablos para buscar la esperanza y la noche, la soledad y el silencio, el camino seguro y el retorno a la tribu.

Mi poema es mi cuerpo y el tuyo separados por la duda, buscando. (...)

*TIPOS, OBSERVACIONES, de PABLO ANANIA. Editores Cuatro, Buenos Aires, 1981.*

*Ausente el tema...*

Será obra de lo escrito, / un ir quizá, desoír ritmos / convenidos de antiguo, / ir como insistir, en la "inmensidad desierta" / de la invención arrebatar / títulos, honores, ser de Eva, Constance, / ser el cuerno y la cola, de tumba en tumba / cambiar las vestiduras, ir de lo femenino / a la oscuridad, plenitud y vacío, / sobre todo vacío, ser de mujeres aisladas, rapadas / en la inmensidad exterminar habla, intención / confundir el sentido, nada de ser, / ni guante, ni lápida, ni tambor batiente. // Hipocresía de bolchevique al invocar / fulgores, alterar ritmos, sed de grandeza / en ojos revolviendo notas, administrando / Girris. ¿Es uno el tema, indivisible? / ¿Tránsito quizá, referencia? Un ser / para otro, enérgico preguntar qué canta, / qué país, pueblo, idea de Nación se rompe / en la cabeza. ¿Los oh, ah, oh? ¿Gloria / es gloria, respiración? El reconocimiento, / por cierto. Humpty Dumpty admitiendo / su impotencia: inhalar, exhalar, plenitud / y vacío, ir hacia lo perdido, sobre todo vacío. // Está la consecuencia, el dúo tono, / grises para referir un nacimiento, / grises de entrecasa, y grises cenicientos, / sin comienzo, sin fin, rítmicos, en pliegues, / en cierto modo estilo. Un ir quizá, ir / hacia lo perdido, la voz perdida, eco, espejo, / musicalidad en un sentido extremo. Un tránsito, / un ser para otro, referencia, rima perdida: / ella, tráfuga. Dígase "donde uno está / es donde uno no está". Pruébense mano, labios, / bocas de la oscuridad. Efectos verbales, quizá, / Ausente el tema, grises subidos de tono, / nada de ser, ni guante, ni lápida, ni tambor batiente, / menos que huella: Hölderlin cuerdo, Eliot errático.

*SOLES Y LADERAS, de DAVID MARTINEZ. Fundación Argentina para la Poesía, Buenos Aires, 1981.*

*Alumbramientos*

"Ya mis sienes imitan las plumas del cisne" Ovidio

Que el fuego no sea más que el agua en tu canto / y la luz no menos que la sombra, o el aire / eternamente vivo, aunque invisible siempre. // No tuerzas las palabras ni hagas de ellas / la heredad de un misterio o el honor de un vacío / donde puedes caer. No fuerces su sentido. / Hay lenguajes que suenan igual que voces sin nacer: / el eco sólo, la insensible ilación, la ululación / de sonidos-máscaras que se asemejan a sílabas... / Pero, ¿quién puede hablar de posteridad, de inmortalidad, / cuando prima lo ambiguo, siendo el rezo un rayo limpio / para ascender el alma, para comunicarse el alma con la Palabra, / desde los viejos hierros del exilio y la escoria? / La gracia del pájaro no encuentra en ninguna plenitud / porque su vuelo funda otro espacio que no es aquel oscuro, / donde los cuerpos crean sus abismos de usuras. / (Aprende de ese vuelo y sube, aurórate despacio: / no llegarás al sol, pero lo habrás rodeado). // Tocaste todas las monedas que endulzan a este reino hambriento, / por más que la pobreza resplandeció de libertad tus días; / conoces bien quién apostó a tu alma -y si ganó o perdió- / y quién se encargó de poner una piedra por donde ibas... / Pero no hagas ruido ni busques persuadir. / Que el fuego sí, no sea más que el agua en tu voz / y la luz no menos que el aire o que la sombra. / Aunque sabes ya que ellos también caminan / hacia el mudo juicio de la insaciable arena.

ANONIMO FLORENTINO, de JORGE RICARDO. *Inédito. El presente poema está incluido en la revista Caballo de Lata, dirigida por Pablo Narral, Buenos Aires, número 2, 1981.*

*Michelangelo*

Dios separó la luz de las tinieblas  
y llamó Día a la luz y Noche a la penumbra  
y yo soy un escultor a quien príncipes y Papas  
confundieron con un topo sucio  
agazapado bajo la bóveda de la Capilla Sixtina  
no conozco sino la muerte que me diste  
he nacido para la luz de la escultura  
y soy maldito por el Papa que amenaza  
con arrojarme del andamio  
si continúa demorando la creación del Universo  
— ¿pero qué podría crear Dios en esta posición?—  
me estalla la nuca pagarán los imbéciles  
aguanten habrá dinero  
(He terminado, babbo, la capilla que estaba pintando:  
el Papa satisfecho;  
yo escupo la materia humana  
porque aprendí a morir de tu muerte)  
se expanden luces en las sombras  
y tinieblas en la luz cristalizada  
donde querría sumirme:  
la plenitud es una cuestión de formas  
que *non parlanno, babbo*  
dios no ha separado nada

ALMAGROSA, de ALBERTO MUÑOZ. Ed. *Ciclo 3. Serie La Draga (Alberto Muñoz, Lilitiana Vitale), Buenos Aires, 1981.*

VI

Enterraría / la presencia de las cosas / en un  
pozo / para sentir el azar / como único / ha-  
bitante.

XXVIII

La noche / se sostiene // por el milagro // de  
crear uno / que está / por encima.

XLIX

Aquí, en el Tigre, / ahora que da el invierno/  
y se requiere / pensar segundos antes / que  
la rama, / es necesario afilar / la dentadura /  
mucho más que un perro, / que una comadreja,  
/ porque al parecer / lo que viene asomado /  
para ser mordido / es muy duro para  
un hombre / y muy de luto / para el corazón  
humano.

REFERENTE (El ojo que mira)

Dirigida por Juan Jacobo Bajarlía y Tibor Cheminaud, hará su aparición durante el mes de agosto esta nueva revista dedicada a la literatura. Su primer número contendrá dos artículos de Jorge Luis Borges sobre el *Finnegan's Wake* y el *Ulises* de James Joyce, y un extenso reportaje al mismo Borges sobre la obra y la personalidad del genial irlandés. Además, poemas del poeta sueco Gunnar Ekelof con una introducción de W.H.Auden. Ensayos de Luis Thonis y Luis Guzman. Un trabajo y traducciones de Horacio Armani sobre el poeta italiano Zanzotto y la poesía de vanguardia italiana. Poemas de Luisa Futoransky, Ruth Fernández, Juan José Cesselli, Julio Bepré, Daniel Chirom, Carlos Vladimírsky, Fernando Ramírez y Víctor Redondo.

(de Revista de Bellas Artes, México, 1975)

**Zbigniew Herbert**

**Jonas**

*"Y preparó el Señor  
un pez grande  
para que se tragara a Jonás"*

Jonás hijo de Amiar  
huyendo de una misión peligrosa  
tomó un barco que iba  
de Jope a Tarsis

lo que sucedió después es bien sabido  
viento terrible, tempestad  
los tripulantes arrojan a Jonás  
en las profundidades  
el mar se levanta por su propia furia  
viene el pez profético  
tres días y tres noches  
reza Jonás en su vientre  
por fin el pez lo devuelve  
a tierra firme

un Jonás contemporáneo  
se sumerge como piedra  
si le toca una ballena  
no tiene ni tiempo para un suspiro

en el caso de que se salve  
actúa con más astucia  
que su compañero bíblico  
nunca más se encarga  
de una misión peligrosa  
se deja crecer la barba  
y lejos del mar  
lejos de Nínive  
escondiéndose bajo un falso apellido  
se vuelve comerciante de ganado  
y de objetos antiguos

los agentes del Leviatán  
no rechazan los sobornos  
no sienten el soplo del destino  
son empleados de la casualidad

en un hospital bien limpio  
Jonás muere de cáncer  
sin darse cuenta  
de quién había sido

puesta sobre su frente  
se apaga la parábola  
el bálsamo de un relato bíblico  
nada puede con su cuerpo

**¡Jamás ángel!**

Si después de la muerte quieren convertirnos en una miserable flamita que divaga en los senderos de los vientos -hay que rebelarse. Para nada el descanso eterno en el seno del aire, a la sombra de una amarillenta gloria, entre los coros bidimensionales balbuceantes. Hay que incorporarse a la piedra, al árbol, a la hendidura de la reja del jardín. Más vale ser rechinar del piso que horror transparente de la perfección.

**Reloj**

En apariencia: cara serena de molinero, llena y brillante como manzana. Sobre ella se desplaza sólo un fino cabello oscuro. Y pasar al interior; ¡corazón de hormiguero, nido de serpientes! ¡Es esto lo que tiene que transportarnos a la eternidad!

**Stanislaw Grochowiak**

**Cuando no quedara nada**

Te colocaré desnuda entre vanidades  
Habrá vestidos pesados como el agua  
Habrá medias con olor a manzana  
Habrá tocados de ala ancha  
Habrá metal

Te tendré desnuda en el paisaje oscuro  
denso de candeleros, bronces y porcelanas  
de las cuales humee el ponche de vainilla  
en las irritadas narices de los inmóviles  
galgos

Sintió esta necesidad Rembrandt cuando a Saskia pintaba y ella huía hacia su propia muerte

Como si quisiera impedirla con peso de racimos  
atraparla con el resplandor de los rarísimos candeleros

## Jareslaw Markiewicz

### Manteniendo las jubilosas apariencias de que el cortejo continúa

Siempre fue lo mismo –decían– el lenguaje  
no tiene nada que ocultar nada  
que revelar, más importan  
nuestras pláticas sobre los muertos;  
ellas nos dan la vida.

Todas las preguntas y respuestas  
se trasladaron a la otra orilla  
del río, donde *alea iacta est*,  
las tiendas del circo desplegadas  
y los animales al poder.

Hablaban de sí mismos sin saber  
qué iba a pasarles, suavemente,  
naturalmente, inmóviles, desde su sombra.  
La presión de sangre –decían–  
es altísima en el mundo entero.  
En todas partes trabajan los sísifos,  
la piedra labra su piel,  
el agua labrando la piedra.

Nos presionan en el mundo entero.  
Basta tender la mano:  
en cada dedo se siente  
un recién nacido, sin plumas  
pájaro con garganta voraz, con la amarilla  
ansiedad, en donde vislumbran  
los más grandes sentimientos humanos.

Sócrates ha sido envenenado  
Transcurrieron mil años desde las cruzadas.  
Siempre matan a los otros, dejando vivos  
cuerpos que agradan a la muerte.

Siempre fue y será lo mismo,  
la vida no es más que el miedo  
frente a la muerte,  
el miedo –según dicen– desaparece  
en el primer ataque al enemigo  
que ha sacado su rifle

el miedo se ablanda  
en la antesala de torturas  
en la sala de espera del dentista  
Te sacarán la muela  
mientras vengan las noticias  
mejores

## Leszek Szaruga

### Licencia poética

1

El mayor peligro  
en las bibliotecas. Hay que poner fuego  
a los viejos periódicos. Quemar  
los periódicos de ayer. El pronóstico  
de tiempo que se hizo ayer resultó  
verdadero. Resultó falso.  
Ya no se sabe cómo era.  
Hoy es bien sabido  
que no era como hubiera debido ser.  
Era algo distinto.

Sólo  
el presente deja  
rescatar con precisión el pasado.  
Sólo hoy  
podemos profetizar lo que ocurrió  
ayer. La memoria no es más  
que una suposición improbable.

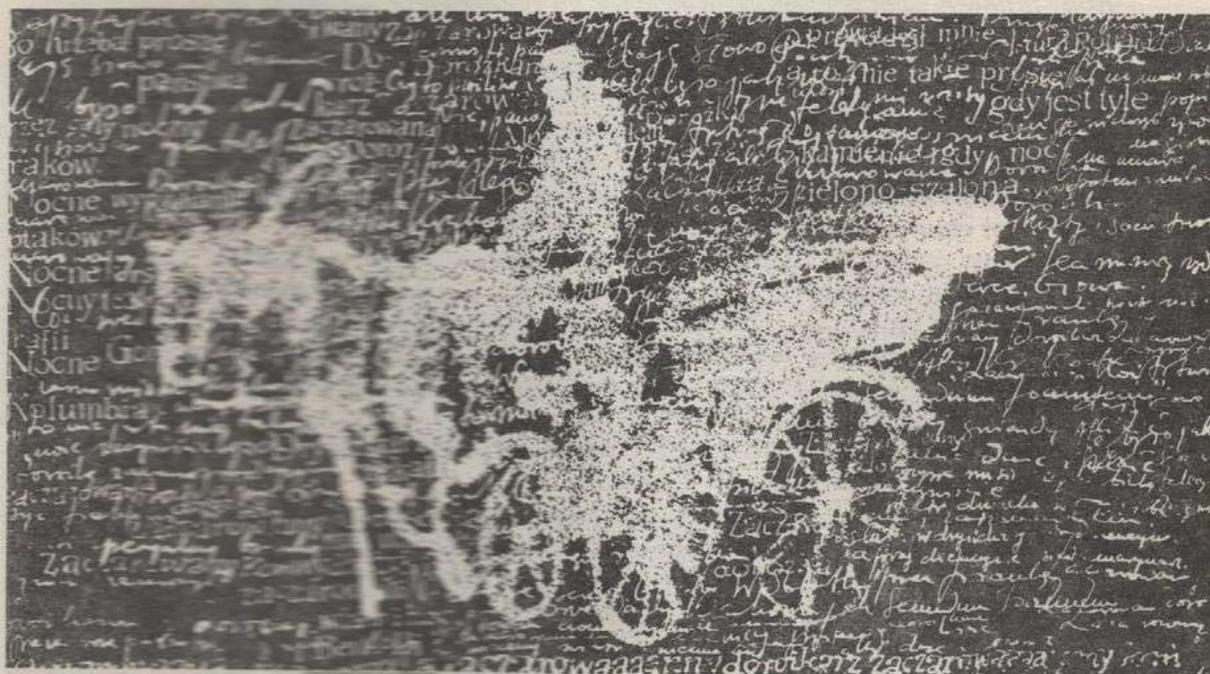
2

El mayor peligro  
en la poesía. Hay que prohibir  
todas las palabras. Incluso  
borrar pausas. Las pausas  
significan. El silencio  
también significa.  
Se tendría que prohibir  
el silencio.

## Ryszard Krynicki

### Acta de nacimiento

prohibido fumar, aquí no es universidad, aquí  
no arde nada nada más  
se espera,  
ni descansar puedo, mi vida, ni cuidarte, ciudad  
con ternura, caminando,  
ciudad, terminal de demasiadas multitudes,  
no me saludes con orden de arresto,  
balbuceando, tampoco me saludes  
sin poder descifrar tu discurso,  
no me recibas maldiciéndome en lenguas extranjeras  
de esta patria, no paternal,  
yo despoblado,  
no sé desenmarañarme de tus lazos. Ciudad,  
ni voy al hospital ni al templo  
de la cárcel,  
ni a las cárceles del sueño.  
Prohibido llamar, llama mía, profecía nocturna  
en las cárceles del sueño, en el pelaje del aire,  
bajo tus puentes, ni despertarme puedo, ciudad,  
en tus calles sólo un valer inválido, calcar  
de un idioma borroso (padre único, mi patria)  
¿y tú qué enmascaras con esa máscara de vago?  
-me preguntarán  
y mi carta de identidad mal me identificará,  
mi única fe es ser infiel,  
infiel con-fianza: iniciar un viaje común  
para conocer a cualquiera



Dibujo de Janusz Stanny.  
(Revista Projekt, Polonia, 1973)

Con un Consejo de Redacción integrado por José Avello Flórez, Carlos Benítez Castelar y los escritores argentinos Santiago E. Sylvester y Héctor Tizón, ESTACIONES es una excelente revista editada en Madrid que en estos momentos debe andar por su número 5. Su lectura es casi indispensable, entre otras cosas, para tener una idea de qué ocurre en la joven poesía española. Redacción y Administración: calle Espalter, 2. Madrid - 14. Suscripción (4 números), 15 \$usa.

El siguiente poema pertenece a Santiago Sylvester (Salta, 1942. Cinco libros publicados: *En estos días* (1963); *El aire y su camino* (1966); *Esa frágil corona* (1971); *Palabra intencional* (1974) y *La realidad provisoria* (1977).

## EL PACTO

*Yo cantaba canciones sobre los líos  
de mi tierra: los amores ásperos de mi tío en  
Friesland,  
las despedidas  
o la bulla que la ginebra pone entre los mari-  
neros.*

*Me había instalado entre dos museos,  
en el paso obligado de los turistas  
porque todos dejan monedas cuando se sien-  
ten libres  
y también porque yo (una mujer  
cantando en esa galería de piedra)  
era para ellos una buena anécdota.*

*De pronto dos hombres se pararon frente a mí.  
Me miraban con esa avidez  
que sólo he visto en la imposibilidad de dis-  
traerse;*

*y en las monedas que dejaron en la gorra  
sentí que no pagaban un momento amable  
sino que intentaban algo contra la fugacidad,  
una manera de conservar un esplendor instan-  
táneo  
en el que yo estaba desesperadamente incluida.*

*Puse todo mi fe en que eso fuera cierto,  
el instinto de conservación  
aceptando la propuesta;  
y en cumplimiento de ese pacto  
todavía a veces canto para ellos.*

**Silvia Grenier: Iniciación (fragmentos)** – de Revista “Signo Ascendente”, Nº 1 –

*Rodé infinitos campanarios hasta alcanzar mi voz, presa en las pinzas de los escorpiones.  
Rodé de hueco en hueco, campanilla. Las piedras eran cráteres lunares. Las lunas eran pie-  
dras. Yo, fantasma de mí, vagabundeaba sobre la sed de los desiertos rojos. Alrededor, el humo  
extendía sus celadas: nudos, aristas y metralla. Coronación de un maniquí sin ojos sobre las  
multitudes desvestidas. El mono y su discurso en el espejo. La cabeza del loco sobre el plato.  
Todos los escenarios en derrumbe. Zócalo y ceniza acumulada: los patos aplaudían. Yo –una  
mujer murió encinta de sus piedras– yo –las aves de rapiña en las escuelas– yo – los muertos  
navegaban por las cloacas– toqué mis cuerdas y cambié de piel. (...)*

*También yo conocí las caracolas donde el viento se persigue a sí mismo. También yo es-  
tuve inmóvil, presa en las garras de un domingo blanco. Caída en el fondo del camión, con la  
frente en el zócalo del mundo, mordí mis propios huesos con los dientes, mordí mi propia muer-  
te con los huesos. Una escalera negra en la garganta. Los pantanos del tiempo en la cabeza. La  
serpiente del miedo en los tobillos. Por mis codos goteaban agujeros, por mis uñas morían naci-  
mientos. A mi izquierda lloraba una mujer.*

*Ya en la arena, rodamos siete siglos con los cuernos clavados en el aire. Nadie nos vio mo-  
rir. Con esa sangre tejía sus mortajas mi verdugo. (...)*

*Temerosa de mis propios poderes, yo me ocultaba de la faz del mundo. Estaba quieta de-  
trás de las cortinas. Nadie hubiera nombrado mis pestañas.*

*Un día abandoné las catedrales, los mármoles, los techos, los pupitres, los pórticos, los  
padres, las sentencias y los cielos de ceño entrecerrado. Ante las puertas que debe atravesar, la  
niña cuenta sus cabellos muertos. ¡Quise ver, yo también, las ondulaciones indecentes del agua,  
los desplazamientos del esperma en las vaginas rojas de la sombra! ¡Quise tocar los contorneos  
encendidos del polvo, los ángulos en lucha con las curvas! ¡Quise oír, yo también, los gritos del  
profeta-escarabajo, semioculto debajo de las piedras! (...)*

**LO QUE HA SIDO DOLOR**, de SUSANA B. SLANINA (obra inédita):

Y será entonces / un día / dulce la inexpressiva población / de tu silencio ocultante / Dirás lo sensible / con una campana de lluvia / y una raíz sin heridas / El mínimo espacio sorberá el tiempo / Yo no podré decir nada / Lo decible fue del antes / ahora presente será la acción de lo entonces quieto / En el fondo / la total movilidad del pecho abierto / sangrando sin dolor / Heridas que no importan por florecidas // Y será entonces un día por fin // Lo que ha sido dolor / tiene enterrada una semilla

**MURIO UNA POESIA**, de CRISTIAN A. ALIAGA. *Poesía de Río Negro. Cuadernillo de Cultura de General Roca, No. 3, 1980.*

Murió / una poesía. / Ha muerto / aplastada / mientras sonreía. / Tenía / en el cuello / un ramo / de flores / (y una / en el pecho). / Le fueron / robando / las palabras / dulces, / las rimas eternas. / Se fue / desangrando / -apretaba fuerte / un último / trazo- / me llamó / muy suave / y me tomó / en sus manos. / Ya no / podrá nadie / buscar / su regazo. / La mató / la vida / de todos / los días.

**APOCALIPSIS DEL 2 x 4**, de FELIPE DE MAURO, incluido en la antología *Un siglo de poesía argentina*, Fondo Editorial Bonaerense, La Plata, 1980.

Coterráneo de exóticos silbos / con un acento exacto / sin especulaciones ni decimales / prescindiendo de arbitrariedades y calificaciones / -embusteras ecuaciones modernas- / te lograste afinar. // Serías entonces -el jeroglífico futuro del futuro / collage inédito- debut inoxidable / eco y textura de zonas aledañas. // Luego ya ERAS -el Imperio sofisticado / la clarividencia del ritmo espejada en el verso / el artífice - un espectáculo / la trascendencia - TODO. // Todo un tobogán después / la trágica emboscada al farol y al cuchillo / el trueque de parrales por cárceles de blocks / el retiro espiritual de tus pájaros / la distorsión y huida de tu baile / quemado entre paréntesis de 23 pulgadas / los intelectuales con sus revisiones / cronológicas y contranostálgicas / la frustración - el olvido - TODO. // Todo hasta llegar a encumbrarte / en tu preludio original y rebelde / ahora incursionando en transidores.

---

#### NOTAS DE LOS AUTORES:

---

**MARIO MORALES:** Nació en Pehuajó, Provincia de Buenos Aires, en 1936. Publicó: *Cartas a mi sangre* (1958); *Variaciones concretas* (1962); *Plegarias o el eco de un silencio* (1974, premio Fondo Nacional de las Artes). Entre sus libros inéditos figuran *El polvo y el delirio* y *La Antorcha y la Muerte*. Su libro *La canción de Occidente* aparecerá en agosto, publicado por *Ediciones Ultimo Reino*.

**ENRIQUE IVALDI:** Nació en Buenos Aires en 1949. Fue uno de los fundadores y directores de la revista de poesía *Nosferatu*, realizada junto al grupo de poetas que luego fundaría *Ultimo Reino*. Obra editada: *Monólogo mantra* (1973); *Vísperas* (1973); *Un sol donde morir* (1974); *Lupanar* (1974); *La Anunciación* (1975, premio del Fondo Nacional de las Artes); y *La Revelación* (1976, premio San Lesmes Abad, Burgos, España). Los poemas publicados pertenecen al libro inédito *El espíritu de la tierra*.

**RAUL VERA OCAMPO:** Nació en La Rioja, Argentina, en 1935. Poeta, crítico y ensayista, fue becario de la Universidad de Roma. Ejerció el periodismo y fue director del Suplemento Cultural del diario *La Opinión*, de Buenos Aires. Publicó: *Once poemas* (1955); *Diminuendo 1957*; *El misterio y las formas* (1968); *Santuarios y otras conversiones* (1975); *Canción natural* (1981). Además publicó una antología *Seis poetas italianos actuales*, con selección, notas y traducción propias, y otros libros de prosa. Obra inédita: *Individuo y escritura*; *Las perversiones del intelectual* (ensayos); *Cárceles de amores*; *Tramdeutung* y *30 poemas de Marrakech* (poesía). Al último de estos libros pertenecen los poemas que publicamos.

#### ULTIMO REINO 1

Roberto Scrugli, Horacio Zabaljauregui, Jorge Eduardo Eielson, Maurice Blanchot, Mario Morales, William Blake. Separata central: Alfonso Sola González. (2a. edición)

#### ULTIMO REINO 2

Jorge Zunino, Mario Morales, William B. Yeats, Gaëtan Picon, Jaime Sáenz, E. M. Cioran, "La Puerta 1". Separata central: Jaime Sáenz.

#### ULTIMO REINO 3

María Julia De Ruschi Crespo, Susana Villalba, María del Rosario Sola, J. V. Foix, Humberto Díaz Casanueva, Henry Miller, "La Puerta 2". Separata central: Humberto Díaz Casanueva.

#### ULTIMO REINO 4

Mónica Tracey, Guillermo Roig, Víctor Redondo, René Daumal, Eduardo Azcuay, Raúl Gustavo Aguirre, Antonin Artaud, "La Puerta 3". Separata central: Jacobo Fijman.

#### ULTIMO REINO 5

Luisa Futoransky, Horacio Zabaljauregui, Louis Aragon, Vicente Huidobro, Albert Camus. "La Puerta 4". "Colección El Sonido y la Furia 1": Jorge Zunino. Separata central: Vicente Huidobro.

#### ULTIMO REINO 6

Mario Morales, Enrique Ivaldi, Raúl Vera Ocampo, Yannis Ritsos, María Julia De Ruschi Crespo, Friedrich Nietzsche. "La Puerta 5". "Colección El Sonido y la Furia 2": Eduardo Azcuay. Separata central: Ricardo Molinari. (2a. edición)

#### ULTIMO REINO 7

Héctor Infantino, Eduardo Alvarez Tuñón, Guillermo Roig, Jorge Zunino, José Lezama Lima, Víctor Redondo, Horacio Zabaljauregui, Witold Gombrowicz. "La Puerta 6". "Colección El Sonido y la Furia 3": Mónica Tracey. Separata central: José Carlos Becerra.

#### ULTIMO REINO 8/9

Víctor Redondo, Daniel Gutman, Rafael Cadenas, María Julia De Ruschi Crespo, Jorge A. Bruno, Liliana Ponce, Luis Benitez, René Palacios More. P. B. Shelley, Von Kleist, Byron, Mark Strand, Friedrich Hölderlin. "La Puerta 7". "Colección El Sonido y la Furia 5": María del Rosario Sola. Separata central: Pablo de Rokha.

#### COLECCION DE POESIA

##### EDICIONES ULTIMO REINO

1. *Homenajes*, Víctor F. A. Redondo; 2. *Fragments Orficos*, Horacio Zabaljauregui;
3. *La Canción de Occidente*, Mario Morales; 4. *Canto de Eurídice*, Graciela Maturo;
5. *Montaña sobre Trueno*, Mónica Giráldez; 6. *La Efigie Apalabrada*, Enrique Blanchard (e. p.); 7. *Celebración Errante*, Mónica Tracey (e. p.)

Todas las publicaciones de EDICIONES ULTIMO REINO pueden adquirirse en Librería Hernández (Av. Corrientes y Uruguay) o por correo a Metán 3692, 2do. 4, (1240) Capital Federal (Tel. 92-0977)

\* \* \*

En algún rincón apartado del Universo rutilante, configurado en innúmeros sistemas solares, hubo una vez un astro donde animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue aquél el minuto más arrogante y mendaz de la "Historia Universal"; pero tan sólo un minuto, en fin. Al cabo de pocas respiraciones más de la Naturaleza se petrificó el astro en cuestión, y perecieron los animales inteligentes. —Pudiera uno inventar tal fábula, y sin embargo no alcanzaría a ilustrar cabalmente lo pobre, precario y efímero, lo fútil y contingente, del intelecto humano dentro de la Naturaleza. Han transcurrido eternidades sin que él existiera; cuando se haya extinguido, no habrá pasado nada. Pues no hay para este intelecto ninguna misión ulterior que apunte a más allá de la vida humana. Es cosa del hombre, y únicamente su dueño y progenitor lo considera con tal *pathos* que cualquiera diría que giran en él los goznes del universo. Sin embargo, si nos fuese dable comunicarnos con la mosca, nos enteraríamos de que también ella cruza el aire con tal *pathos* y se siente el centro volante del Universo. Nada hay en la Naturaleza tan subalterno y vil que al más leve soplo de aquel poder de conocimiento no se inflaría al instante cual una manguera; y así como cualquier estibador quiere ser admirado, el hombre más orgulloso, el filósofo, hasta cree que desde todos lados los ojos del Universo están telescópicamente fijos en su acción y su pensamiento.

No deja de ser extraño este poder del intelecto, el cual, sin embargo, no es más que un recurso de los seres más desdichados, más delicados, más efímeros, que durante un minuto los retiene en la existencia, de la que, sin este aditamento, tendrían todas las razones del mundo para fugarse tan rápidamente como pudieran.

¡Ay de la curiosidad fatal que pudiera atisbar por una rendija desde el cuarto de la conciencia y adivinara que el hombre está asentado en lo implacable, lo ávido, lo insaciable, lo asesino, en la indiferencia de su ignorancia, dijérase encaramado, soñando en el lomo de un tigre!

*Friedrich Nietzsche*

# RICARDO MOLINARI

## odas y otros poemas



**Selección de Jorge Zunino.**

## ODAS A ORILLAS DE UN VIEJO RIO (1940)

### ODA A MI VOZ MELANCOLICA EN EL SUR

Siento que nunca mi voz podrá llevar mi aliento lejos;  
que cantar es la desdicha, igual a volver el rostro pasajero a un remoto río sin pájaros.  
Cantar lo que viví ausente de dulces árboles,  
cubierto únicamente por los cielos movedizos del sur.

(En América, donde el espacio bate el agua y la llanura seca la boca;  
donde el sol cae como una rosa desierta, en otro océano.)  
En el sur canta mi voz melancólica,  
que quiero callar.

No; no trataré ya nunca de quererte, vida mía.  
¡Nunca! Se me pierde la lengua cuando te nombro.  
Quédate abandonada entre muchas arenas,  
con tu sabor amargo que me hiela el gusto de la muerte.  
Sí, te envolveré con brumas, de pesado abandono;  
así, interior, enloquecida, te volverás por mi cuello,  
igual a una mano rajada. ¡Quizás entonces sea feliz, en otra luz difundido!  
Donde el aire quema la piel deshecha de la tierra  
y arrastra algunas hojas espesas, al atardecer.  
Donde a veces llega mi inquieta sombra, penetrada,  
abierta, sorda como una inmensa  
flor que se ahoga, dura  
de haber tenido el alma a la intemperie.

No te querré más; vuélvete a tu imperio,  
a tu noche entre secas escamas, a tu día sin un ojo.  
Quiero que te olviden, que me vean ajeno de ti,  
y yo quede, por muchos siglos, fresco,  
semejante a un río que no lleva humores ni seres en sus aguas.

En el sur melancólico se abre tu muerte. —El sur es un largo destino,  
con sus viejos cielos silenciosos de concha de caracol,  
con sus nubes, con su mar que desde Dios golpea la tierra con su espantosa lengua;  
con su espejo donde alguna vez se hallaron aturdidos,  
inmensas manadas de caballos; donde la espuma se tiñe con la arena, sin saciar su  
ternura—.

Qué honda te oigo a veces. De dónde llegas,  
cubierta de copioso rocío, sin sed; húmeda  
de hurañas flores que me aprietan los labios  
y me encierran como una llama.

Quién te habrá sorprendido, quién; qué viento te marea; adónde viajas sin detenerte.  
¡Qué noche rebelde de la tierra te sigue con su boda desaparecida,  
con una pradera de polvo, con el adiós; con una flor morada,  
desnuda de haber estado ardiendo en el horizonte!

## ODA A UNA LARGA TRISTEZA

Quisiera cantar una larga tristeza que no olvido, una dura lengua. ¡Cuántas veces!

En mi país el otoño nace de una flor seca,  
de algunos pájaros, a veces creo que de mi nuca abandonada  
o del vaho penetrante de ciertos ríos de la llanura,  
cansados de sol, de la gente que a sus orillas  
goza una vida sin majestad.

Cuando se llega para vivir con unos sacos de carbón y se siente que la piel  
se enseñorea de hastío,  
de repugnante soledad; que el ser es una isla sin un clavel,  
se desea el otoño, el viento que come las hojas  
como a las almas; el viento  
que inclina sin pesadez las embriagadas hierbas,  
para envolverlas en el consuelo de la muerte.

No; no quisiera volver jamás a la tierra;  
me duele toda la carne, y donde ha habido un beso me arde el aire.  
En el verano florido he visto un caballo azulado y un toro transparente  
beber en el pecho de los ríos, inocentes, su sangre;  
los árboles de las venas, llenos, perdidos en los laberintos tibios del cuerpo,  
en la ansiosa carne oprimida. En el verano.  
Mis días bajaban por la sombra de mi cara  
y me cubrían el vientre, la piel pura, rumorosa,  
envueltos en la claridad, más dulce.  
Como un demente, ensordecido, inagotable,  
quebraba la rosa el junco, el agitado seno deslumbrante.  
Sin velos, en el vacío descansa indiferente un día sin pensamiento,  
sin hombre, con un anochecer que llega con una espada.

Un sucio resplandor me quema las flores del cielo,  
las grandes llanuras majestuosas.  
Quisiera cantar esta larga tristeza desterrada,  
pero, ay, siento llegar el mar hasta mi boca.

## ODA A UN INSTANTE DEL OTOÑO

*Quo et unde redactus sum horresco dum memini, et contremisco graviter.*

Petrarca

He visto muchos días arrastrar sus ángeles por la tierra;  
otros por el mar, ahogándolos, hace siglos en otra vida,  
y vi el color radiante de sus vestiduras desaparecer de entre los hombres.

He visto un día, entre muchos, volver por mí, por mi piel sucia,  
por la corona amarga de mis cabellos,  
con la cintura lastimada contra el mar y la frente deshecha en la luz.

Un día, alguna vez lo deseé, solamente;  
tal vez esperándole, en ocio distraído, insaciable, nacía mi sombra,  
el aire de mis cerradas penas.

En el sur tormentoso estoy viviendo; donde el polvo cubre hasta la hez la hoja,  
y la sal muerde la raíz desesperada;  
donde los ríos llevan al mar una tierra áspera  
que ya no empujan las hierbas y sólo mecen  
los vientos. ¡El sur perdido! (Donde nadie ha de quitarme ya el perfume de una boca,  
que llevo pegado  
en los labios.)

Un día la sangre me bañó los dientes, la lengua,  
y abrí los ojos, desmesurados, en las llamas horribles, en el sudor más frío  
de la atmósfera.  
¡Qué solo estuvo mi cuerpo todo ese tiempo!  
En otro mundo inagotable, en el que un dios  
hastiado castiga sin pereza mis sienes,  
mi piel profunda.

(Habrá un instante en el otoño, una tarde, que te recuerde igual  
en su duro resplandor. Quizás por una hoja o un pájaro  
sobre los altos árboles húmedos,  
vuelvas a estar conmigo, por hábito lúcido de la memoria  
o ausencia del olvido, todavía.

Acaso en mi sed te memore sin cara, la voz únicamente: el sí;  
en aire estático, desaparecido, de vivir solo  
o ya en flor imposible, sin nadie,  
con el amor, el aroma más penetrante despegado  
del pecho.)

Quisiera guardar mi corazón como un enorme castillo,  
sin ojo, ni rumor; perfume, tacto, gusto,  
inútil temporada de la vida. Nada. ¡Ni el mar!  
Veloz frío de la muerte, sin rostro que le mire,  
ni beso que le agite su dureza, ni mano que le hiera detenida,  
ni largo horizonte de la tierra  
que le consuele.

He visto algunos días sin un ser, soñando separados de la noche.

¡Qué ángel del cielo abandonará su casa dormida,  
para llegar envuelto en grandes círculos, desnudo,  
a llorar sobre mi cabeza, inmensamente,  
el despreciable olvido de mis cabellos!

*Los Talas, junio de 1940.*

## ODA A LA SANGRE

A Alberto Morera

Esta noche en que el corazón me hincha la boca duramente,  
sin pudor, sin nadie, quisiera ver mi sangre correr por la tierra:  
golpeando su cuerpo de flor,  
—de soledad perdida e inaguantable—  
para quejarme angustiosamente  
y poder llorar la huida de otros días,  
el color áspero de mis viejas venas.  
Si pudiera verla sin agonía  
quemar el aire desventurado, impenetrable,  
que mueve las tormentas secas de mi garganta  
y apriete mi piel dulce, incomparable;  
no, ¡las mareas, las hierbas antiguas,  
toda mi vida de eco desatendido!  
Quisiera conocerla espléndida, saliendo para vivir fuera de mí,  
igual a un río partido por el viento,  
como por una voluntad que sólo el alma reconoce.  
Dentro de mí, nadie la esperó. ¿Hacia qué tienda o calor ajeno saldrá alguna vez  
a mirar deshabitada su memoria sin paraíso,  
su luz interminable, suficiente?  
Quisiera estar desnudo, solo, alegre,  
para quitarme la sombra de la muerte  
como una enorme y desdichada nube destruida.  
Si un día no fuéramos tan extraños, defendidos,  
que oyéramos gemir las hierbas igual a un sediento hábito peregrino,  
limpios del humor sucio, corruptivo,  
me cortaría las venas de amor  
para que se escuchase su retumbar;  
para vestir mi cuerpo solitario  
de un larguísimo fuego delicioso.

Pero no ha de llegar nunca ese tiempo mágico,  
como no llega la felicidad  
donde no vive el olvido, una voz muerta,  
apagada voluntariamente.  
Ni mar ni cielo ni flor ni mujer: nada;  
nadie la ha visto llevar su rosa vulnerable,  
su desierto extraviado en inútiles bocas.  
¡Qué duro silencio la cubre! ~  
Ya no sé donde llega o la distrae la vida  
o desea dejarla  
desprendida.  
Dónde se agota su piel imposible,  
su lento signo enigmático: llama de esencia sin despedida.

A través de la carne va llorando,  
metida en su foso sin cielo,  
en su noche despreciada,  
con su lengua eterna, contenida.

¡Qué gran tristeza la vuelve a la vida sin cansancio:  
al reposo, cerrada!

La muerte inmensa vela su sueño sin alborada.

Nadie sabe nada, nunca. Nada.

Todo es eso. ¡Ansiedad vuelta hacia dentro,  
sorda, detestable; alejada!

Majestuosa en su mundo oscuro, volverá a su raíz  
indefinida, penetrante, sola.

Tal vez un río, una boca inolvidable,  
no la recuerden.



## EL ALEJADO (1943)

### ODA AL VIENTO QUE MECE LAS HOJAS EN EL SUR

Si pudiera olvidarme de lo que viví, de los hombres, de otro tiempo,  
del ácido de algunos tallos; de la voz, de mi lengua extraviada en las nubes,  
¡de muchos seres que a veces no mueren con la madrugada!

No saber nada. Estar vivo, y volver los abiertos ojos a mi país, a sus ciegas llanuras,  
a sus ríos sucios, hundidos en la tierra,  
donde mojé mi piel sola y la trenza escondida de mis antiguos cabellos.

Sí: si pudiera olvidarme para siempre y sin abandono,  
hasta las duras e impenetrables penas, hasta un día horrible entre otros muchos.  
¡Sí, devuelto y terminado!

Pero tú, ¡oh viento majestuoso!, sabes de mí, tanto como de las pequeñas hojas salinas  
que en el imperioso sur abren sus desesperados paraísos,  
por el aroma seco de mi cabeza. (Que te he buscado por las transparentes planicies,  
en los desiertos melancólicos,  
por todo mi cuerpo, como una única y solitaria ternura.)

Quizás no signifique nada para ti –para nadie– y te vuelves sin deseo  
al ver mis apretados brazos, mi sombra usada de la tierra,  
o alguna hora breve, sin asiento entre todas,  
te aflige lo mismo que si estuviera muerto,  
destinado sin alegría a un extenso y ofendido desencanto.  
Ya no sé dónde ir, a veces quiero volver a la raíz más honda,  
a los mezclados ríos humanos de la sangre  
–a todo desierto– hasta hacer temblar  
las duras lenguas; a la triste gente,  
y hallar el trigo naciendo con soberbias hierbas.  
¡El íntimo corazón de la vida!

Y tú sueñas lejos, distraído, y meces las hojas  
finas de los árboles, las cautivas ramas,  
o pasas hacia el mar  
los insectos contagiosos del verano,  
y no puedes verme sin saber que llevo la memoria perdida,  
y algunas palabras igual a una llama húmeda y enloquecida  
dentro de la boca. ¡En otro mundo!

Déjame llegar a ti: que me entretenga hablándote  
y pueda mirarte, como en los deshechos días,  
empujar las hurañas nubes; arrear  
los grandes ríos oscuros hacia el inmensurable Atlántico, y sentirte  
regresar empapado, recubierto de escamas,  
ronco hasta el amargo aliento,  
¿A dónde huyes –solo– revuelto en tu voz, en tu cansada anchura?  
Dí, te vuelves al sur a mojar la lengua, a abrir los larguísimos ojos; a ociar viendo

los petreles jugar por el vacío; a distraerte  
allá, donde la tierra se despeña en otro espacio

Te vuelves a la soledad, a las profundas bahías,  
a los inmensos cielos desnudos; a ti, a unas flores. A las estrellas que permanecen  
ardiendo sobre nuestro país.

Quédate donde yo también quisiera estar dormido  
y ver mis días antiguos, entre altas columnas aparejados.  
Ya no sé ni quiero saber nada; te siento como toda el alma.  
Algunas veces llegas hasta mis oídos igual a una larga flor del invierno,  
o un instante desaparecido de la muerte.

### ODA A UN RECUERDO

No sé; quisiera hallarme en alguna parte y no encuentro dónde. Quisiera vivir dentro  
de unas flores, entrar sin salvación  
en una amapola.

Acaso hoy no me distrae el aire, la sombra antigua de alguna rama; la llanura. ¡Nadie!  
No deseo mi soledad ni mi voz crecida en otros seres, ni la fuerza triste de mis manos.  
¡No quiero nada!  
El cielo se apoya en las nubes y yo no ansío volver a nadie. ¡Estar solo!

He visto muchos muertos regresar a sus lechos,  
a sus perturbadas vidas, a poner agua a unos jacintos.  
A confundir sus abiertos cabellos con otros, solitarios, destruidos.  
Llegan solos por los inicuos matorrales de la noche a arrastrar el polvo, a levantar  
unas hierbas,  
porque aún tienen el espanto sucio del olvido.

Yo quise una vez, allá, donde una voz todavía  
cantará sin prisa. A veces recuerdo: el viento  
movía altos árboles; yo había hecho un largo viaje, y el pelo me tapaba los ojos.  
Mi voz, tal vez, fue tan dulce como el céfiro  
del septentrión cuando llega el otoño  
a coger las hojas. Pero yo no volveré nunca, nadie me conocerá. ¡Dios mío!

Mi piel sosegada, aún lleva el perfume de sus flojas manos, de unas apretadas flores;  
del aliento desesperado. De una inmensa noche  
con los ojos abiertos.

Su canto vuelve cuando estoy solo, —sobre mi boca— alejado, y me enfría la piel  
de los brazos y el cuello; hasta el vientre.  
Amé una vez. (Quizás se nace para querer o ser amado; igual en la muerte.)

¡Y ese año no vi abrir las hermosas flores en el sur!

Un día: ¡nada! Apenas me acuerdo. Ella volverá la cara a los espejos y se compondrá  
la doblada cabellera. Se mirará las manos

y entenderá que la piel no es limpia,  
como yo comprendo que me estoy despegando y muero. Que es inútil cerrarse los  
oídos

—querer desprenderse—, porque las palabras vuelven y resplandecen por dentro,  
y nos quebrantan la lengua. Que es inútil  
cubrirse los ojos porque los días estallan  
y mueren majestuosos en ellos  
y nos arrancan y queman hasta la desesperación.

La piel, las palabras, el aire; sí, todo lo baldío, cual este hoy tan lejos,  
en que todavía mi corazón está sobre la tierra.

¡No!, me he distraído. Hoy te quise recordar a ti sólo, obscuro de la memoria;  
¡ay, casi soberbio en el olvido! Inolvidable y limpio te siento posar el cuerpo sobre  
los cielos de mi adolescencia.

Vuelves, y yo te recuerdo: amigo de mis padres,  
de los antiguos años de las flores.

Y regreso al invierno, a un día, y te veo asir  
el arpa y tocar para mí, para el gran abandonado  
hasta que la noche se mete en las sombras,  
y cesa el temporal nostálgico, y no nos vemos.

¡Ya tengo tu edad! Las nubes cruzan los mismos cielos, y yo estoy hastiado, y otros  
pájaros  
saltan y gritan en las tinieblas.

Y no estarás solo. ¡Este viento!



## ODA ANTIGUA

¡No! No diré que me dejen, que he querido huir, que no deseo saber nada. Yo estuve todo aquel largo tiempo solo. Nadie se acuerda de mí.  
A veces veo las barcas fenicias quebrar el llanto de mis apretados ojos.  
Nadie ha vuelto por mi cuerpo, por el color de mis largos brazos,  
por mi vientre seco con la sal y la repugnancia.

Todo me olvida o lo separo. Quiero que no me sintáis llorar. ¡Ay, ninguna flor me quemara la mano ni el cuello! Sí,  
algunas tardes  
nacieron dentro de mí, en el desierto, y las he visto moverse detrás de las lágrimas,  
de unas nubes, e irse sobre el mar  
deshechas de mirarme inclinado a la desesperación,  
en tanta muerte inútil, distraído.

Contéplame ahora, tú, antiguo día en que nací,  
y vuélvete con tu luna abastada, con tu sol,  
con el pequeño frío que agitaba las hojas sueltas  
en el ocioso sur, al principio del otoño;  
vuélvete día interminable, sin otro pesar que el mío,  
sin más sombra que la de mis rotos cabellos.  
¡Oh feliz, endurecido ya entre los lejanos  
cielos de la tierra!

Sola tú, dura frente, buscas el viento, el esparcido invierno; la soledad intolerable,  
las abiertas llamas de la tarde. Los cielos. ¡No. No quiero nada!  
En qué abandono de mucho tiempo me habré perdido.  
Sí, algo recuerdo; en las noches del verano  
cuando sale la luna, como una mujer sobre flores,  
y se levanta el aire que trae el fresco de entre los árboles, y los pájaros empiezan a  
volar

igual a si comenzara el día,  
y se alegra el rostro de las personas, y la tierra entra en el reposo del sueño,  
yo obedezco a mis deseos y soy libre:  
Aquel día se cernió la noche encima de nuestras cabezas,  
y oímos llorar a nuestras madres y a las crías  
desde el desierto, lejos del océano,  
y se secaron los árboles junto a los ríos,  
y con la lengua no nos entendíamos, después  
de sojuzgar la tierra.

Desde que salió el sol corría la sangre hasta empapar la coronilla de nuestros cabellos;  
luego no quedó de nosotros  
nada más que el cielo y el aire.

Yo estuve todo aquel espacio, solo.  
Nadie habla ya de mí: de mi cuerpo,  
del color de mi vientre apretado con la sed,  
ni de mis ojos abiertos, en los que se veían  
florecer los jacintos en las murallas.

Pero alguien canta todavía lo que dije en los aduares; ella no ha muerto aún:  
la estrechan con sus bocas las palabras de los amantes.  
Yo la veo bajar, con su pollera azul, innumerables escaleras, y llegar hasta las prisiones  
para oír gemir el agua. ¡Dios la perdone!

Mi espada ya no me conduce. Ella descansa cerca de la sangre, en el polvo del campamento;  
mi caballo padece donde crecen los tulipanes,  
tronchando las altas hierbas.  
Sólo yo sigo extranjero por el aire, sin tribu,  
recordando el rostro de mis amigos y el perfume seco de las tormentas del desierto.

¡No! No me miréis nunca, los arenales me aprietan siempre la garganta, la voz,  
todas las venas, y como un río grande  
me deshacen las pestañas, la boca, y me unen por la esclavitud,  
a unos pájaros que huyen con la sombra de mis lejanas desdichas,  
a otros días que llegan con sus estériles lenguas,  
con su abundancia, hasta el corazón;  
pero ellos no saben aún que estoy muerto,  
y que la hierba duerme sobre mis ojos.

### ODA FINAL DE AMOR EN NOCHEBUENA

Ya estoy fuera de la tierra, como algunos ángeles. Quizás hoy deje de quererte,  
igual al viento, desdichadamente, a unas flores.  
Sin paciencia la tarde recoge de mis ojos, de mi cuello, de mis densas y amargas manos,  
esta última luz.

Sé que no debo quererte; que así deben ser la noche, mis labios, el hastío melancólico  
de los hombres, el aire. Mi corazón desierto,  
impaciente sobre dos ríos.

¡Querer! Nadie sabe hasta dónde llega el olvido; mi cabeza.

Las hojas que caían al principio del otoño,  
en aquel tiempo, lloran con su clavel antiguo  
debajo de la tierra.  
(Alguna vez quise que tu polvo se mezclara con el mío, para siempre, y para siempre.)

Mi boca no está seca aún; habrá una breve inmovilidad sombría,  
en que podrás saberla aprisionada, sin nadie.  
Como una hoja dura descansa mi mano entre mis largos y tristes cabellos.

¡Qué sabréis de mí, oh vientos del sur!

1940

## EL HUESPED Y LA MELANCOLIA (1946)

### ODA A LA NOSTALGIA

No; no tiréis de mí, sombras perdidas; de mi lengua abierta, igual a un río.  
No me busquéis así: apretando, entre las espesas horas, el desaliento.  
Alguna vez me habréis visto volver del cuerpo, de las desventuras, antiguo como  
una palma, abatido por las lágrimas.

¿Donde moráis, horas felices, luciendo los extremos y embellecidos ojos?  
¿Donde residen mis cabellos, mi cabeza de insaciable sueño? Hermosura crecida  
sin destino;  
amapola sombría, verdor agrio.

¿Adónde erráis, invisibles días, cubiertos aún de luz —de desnudos cielos  
transparentes—,  
con mi soledad brillante y desierta, con mis crecidos y dulces pensamientos,  
delicia y memoria de la muerte?

¡Oh seres, delgados vientos de la desesperación,  
qué sabéis de mí como de los pájaros, de las lucientes y movedizas hojas, de los  
felices ríos!  
Vosotros me habéis visto crecer y angustiar para nadie los miembros,  
y vivir —vivir— entre paredes, y caminar por la tierra como entre amigos.

Ya me veis: aliento escondido —desdeñosa ternura—, boca devuelta al vacío.  
Pero aún, todavía, están vivos los árboles que vi, debajo de los cielos altos de la  
planicie;  
quizás algunos sentirán mi sombra pesar sobre las hierbas y recordarán de mí,  
como de una suave y larga tempestad perdida.

Quiero que no me miréis la cara ni volváis el lejano sentimiento. Las duras dudas.  
(Esta tarde unos ángeles volaban dentro de la muralla del otoño;  
yo los miraba hendir la atmósfera, separados; sus cuerpos desasían los frutos y las  
hojas secas,  
y vi cómo la noche les resbalaba por las faces, igual a una rama, desprendida, sin  
cubrirles las mejillas resplandecientes.  
Nadie me vió, acaso estuve solo —tal el cielo de muchos días— en las llanuras  
y sentí en mi ser el aire frío mover la nostalgia.)

¡Dónde estáis, días; sangre antigua, llama llena de flores!  
(Ellos no despertarán ni volverán nunca, ni sabrán ya de mí, como yo no sé  
de nadie,  
y de nada, hasta la ceguedad  
más sola.)

Mi piel aún conserva el color árido de los arenales,  
y mi voz es sorda y honda como la de los seres cuyos nombres nacen en el desierto.

## ODA

¡No te alegres de mí, día hermoso, como un enemigo!  
¡No te vuelvas fuerte contra mis desnudos ojos y cabeza!  
Déjame vivo, sucedido; inmenso de furor y aborrecimiento, dentro de mí, para mí,  
en inestimable desdicha.

Hay edades que no olvidan a sus seres. Sus cuerpos viajan por los bordes últimos  
del cielo,  
con los brazos cubiertos de amapolas, junto a los encimados y amarillos ríos.  
Allí, donde a veces llega la tierra, hambrienta, a llorar la perdición de sus otros  
hijos.

No os contentéis, días, no traigáis vuestras húmedas cabezas tan levantadas, en el  
inmenso frío.

¿Quién volverá de vosotros, solitario, con la memoria interminable,  
y la boca sin entendimiento, de amargura?

Inmóvil y ciego quiero cantar otro espacio: cuando el aire se llenaba de unas flores,  
y el campo era hermoso como mi rostro y pensamientos.

(No; no quiero que nadie me olvide: ni los pastos,  
ni el viento dulce de las llanuras. — Miserable y seco, nacido para la muerte.)  
Hay unas horas en el sur, cuando el otoño llega con sus cielos clarísimos a mirarse,  
la corona cerrada de jacintos, en los grandes ríos  
y en las lagunas quietas igual a una manta;  
un instante, en que los pájaros del verano  
buscan las costas abiertas hacia el mar ligero.  
Y hablamos de los seres,  
de las distantes sombras; del rumor insaciable y ajeno del olvido sobre la tierra.

(Y vosotros huis, días, entre los vendavales, igual a tormentas, con los rabiosos  
labios sucios

o como Acteón, comidos y vagabundos.

¿Cuál, de todos, no vuelto aún será para mí, y para mí, con mi tremenda soledad  
arrepentida?

¿Cuál arrastrará mi lengua por las inoportables praderas y el cielo,  
por los inútiles años que mi cuerpo visitó el mundo?)

Los grandes patos pasaban volando detrás del sol.

Yo miraba el atardecer con mis ojos desnudos; las tierras encumbradas, lucientes  
en la oscuridad.

Las ciudades, donde aún la luz resplandecía en las tinieblas.

En el sur el otoño comienza con los pájaros, que buscan los árboles de la  
primavera en medio de la noche.

Con el céfiro fino, menudo, que empieza a rozar la hierba, a mover los ríos;  
a mojar el aire de la tarde.

¡Oh estériles recuerdos, nada inagotable! ¿Quién hallará mi cuerpo en medio  
del campo, ensordecido, lleno de voces,  
revuelto y con los pies resbaladizos atados con una serpiente?

## ODA DEL AIRE Y DE LAS TORMENTAS

¿Dónde andáis, años en la muerte perdidos, largas horas?  
El viento de julio varea esta parte del sur, y estoy mirando mis manos  
y sintiendo  
cómo los cabellos me cubren la frente y los ojos,  
en inmenso desabrigo.  
Quizás ya no dude de nada o me importe poco el vivir oscuro sobre la tierra,  
en mi país.  
El viento inclina unos árboles hacia otros y los grandes pájaros pasan gritando,  
sin posarse.  
La braveza del aire lleva la fragancia de las violetas y las suaves hojas  
de "Los Talas".

Aquí me tenéis, días, dejados espacios; sin olvido, solitario.  
Tal vez nadie piense, en este instante, en mí, que permanezco igual a un ángel  
en la naturaleza.  
Límpido y absoluto como un horizonte sin cuerpo ni seres. ¡Ignorante  
y melancólico!

Igual a Endimión quisiera estar dormido —la boca llena con la restallante lengua—,  
a la sombra de los cedros, de las perennes hojas;  
el alma fresca y no turbado el sueño por la memoria.  
Y entrar en las florestas donde aún hermosos pájaros despiden perfumes,  
como flores, y los árboles  
levantan lustrosas coronas al cielo.  
Y cazar detrás de la muerte las oscuras furias, las soberbias faces de la destrucción.  
Y al fin, saciado y desprendido, volver a mirar los héroes; los ríos colorados  
y los arrancados estandartes,  
y en las enceguedas espadas, sobre la ceniza amarga,  
poner mi mano abierta y el guad de mis enojosas lágrimas.

El sur aprieta el viento contra la llanura y el pasto huele y se inclina hasta penetrar  
el suelo.

(Una vez quise que su aire y el mío,  
que mi lengua y la suya para siempre,  
para la vida y la muerte estuvieran  
juntos. Sin gratitud miro las nubes  
y el vuelo de los pájaros. Quizás  
mi dolor sea intenso o esté tan solo  
conmigo, diferente y terminado,  
entre mis tribus y muertas banderas.

Apartados, deshechos, asomados,  
vuelven los días con mis impacientes  
llamamientos, y nadie por mí, nadie,  
suspira. Huésped y cuerpo lejano  
me distinguen las voces y la luz  
de estos jardines. *Beata solitudo.*  
¡Oh si pudiese, detenido y ciego,  
atmósfera fugaz y adiós reunidos,

desviarme en sed o invierno, con las flores!

¡Eternidad, inútil obediencia!  
Quién supiera, inocente y sin espíritu,  
llevar el dulce pecho embellecido  
a nada, al invisible y frío aliento.  
Una vez quise que su voz remota,  
con la mía, en el tiempo y la memoria,  
quedaran para siempre, y siempre  
—en desierto rendido, en tierra o mar,  
o infierno duro—, en rama y flor prendidas.

¡Vivir, ay palmas! Mi triste cabeza  
apoya entre mis largos y encerrados  
brazos, la frente y las ligeras venas.  
La sombra de mi voz aún, todavía,  
humedece mi piel sola, dulcísima,  
y las satisfechas penas de mi pecho,  
donde ciego y desnudo, memorable,  
se detiene su nombre del olvido.)

El temporal juega con las hebras de mi pelo y mis muertos trabajos.  
¡Hasta dónde estoy sordo esta tarde, áspero! El viento empuja las nubes y arrastra  
algunas ramas por el monte.  
Sí; si uno pudiera, llevado, andar por encima de los árboles; apresar la infinita  
frescura del aire entre las hojas altísimas,  
y mirar más llanura y mayor abandono.

Todavía, aún, a pesar del ansia, vuelvo a ti por el sentimiento, la tempestad  
y el frío del agua en el campo.  
Sin virtud pienso en ti —interminable, en estos días solos— y en el perfume de tu  
cuerpo y en tus tendidos miembros.  
Habrá flores que te recuerden, palabras, cielos;  
lluvias como ésta, y vivirás sin alteración  
habiendo sucedido. *Quae est ista quae ascendit per desertum?*

Mi piel igual a los ríos que memoran sus piedras a orillas del mar,  
se atreve en la soledad a extrañarte y abatir las ternuras más altivas con palabras  
que sólo recoge la luz  
en estas paredes de otros siglos,  
y de otros seres.

¡Llueve! Y el viento combate dentro de la noche,  
sin mirar mis abiertas y vanas banderas.

## ODA

¡Quién viene por la tarde tañendo su laúd sobre las nubes, como dentro de  
su morada!  
¡Quién lo tañe, que vuelve las hojas de los árboles!

He llenado mi corazón con las sombras de las palabras;  
con el sueño de algunas voces.  
Y suenan en mí, sin consuelo, desprendidas: tú, nadie, mañana, espacio, soledad,  
ternura, aire, vacío, ola,  
y nunca. Con ellas entretengo mi ser, la angustia del cielo y la soledad durísima  
de la sangre.  
Lavo mi boca con sus ausencias y me llamo de día y de noche,  
y las pongo en mi cabeza, descubiertas, para nombrarlas al olvido, delante  
y debajo del cenit de las llanuras.  
Sus dioses y cuerpos he asentado entre mis labios para siempre, enaltecidos;  
delante de mí soportan el aire, ay, y la impenetrable altura de la muerte;  
nadie las ve como no se ve el hálito que las muda y las gobierna duramente.  
(Los ángeles andan por el espacio derramados; unos llevan faces de trigo, otros  
escogen amapolas rojas,  
y los demás traen simientes a unos pájaros entre los desnudos árboles.

Nadie los ve; a mí me seca la garganta de luz que esparcen sus antiguas vestiduras.  
Los miro llevar la cabeza sin que les lastime el aire, y desaparecer rápidos, bañados  
de claridad, ante el furor de la noche.

Ya estoy acostumbrado a verlos, dentro de mí, igual a días cuyo humo se ha  
disipado  
y sus reinos tendidos debajo de las cenizas  
esperan sin desesperación las azucenas.)

Quisiera sacar de mí mismo la alegría; abrir los ojos, inmensamente,  
que me duelan,  
y mirar, mirar el horizonte hasta detrás del vacío de la nostalgia, donde mi sombra,  
como un árbol, cambia las hojas con el invierno.

¡Amor; tiempo perdido!

## EL CIELO DE LAS ALONDRAS Y LAS GAVIOTAS (1963)

### ESTAS COSAS

No sé, pero quizás me esté yendo de algo, de todo,  
de la mañana, del olor frío de los árboles o del íntimo sabor de mi mano. Pero estas  
llamas y la lluvia bajan por la tarde del día elevadas, con su trabajo cruel  
y afanoso, con el terror de la primavera y el tiempo y la noche  
vanamente disueltos en su impaciencia.

Yo sé que estoy mirando, extendido, sin atender  
lo que el polvo y el abandono ocultan de mi cuerpo y de mi lengua. Una palabra,  
aquella  
sonriente y terrible de la ternura,  
obscurcida por la razón y el mágico envenenamiento de la nostalgia;  
sedentaria huye por un campamento, llamada y perseguida, permanente,  
sin alguna vez, devuelta entera y desentendida  
al seno ardiente de la noche, al ser mayor e indestructible de la atmósfera.

Nada queda después de la muerte definido y elevado, ni la imagen voluntariosa  
sobre los pastos crecidos y ondulantes, ni el pie  
atropellado que dispara de su quemada historia intacta.

Sin clamor el rostro siente el húmedo temporal, el albergue precedero  
y la flor abierta en el vacío,  
sin volver los ojos, ya en su rapidez disuelto  
y extrañísimo.

Soy el ido, el variante del cielo,  
de la calle muerta en las nubes,  
su entretenimiento como un pájaro.

¡Amor, amor!, una brizna del sentido,  
tal vez un día donde mis labios bebieron la sangre  
y todas estas nieblas azotadas e irremediabiles, perdidas.

Decidido, toma, ¡oh noche!, mis secos ramos y llénalos de rocío brillante  
y pesado, igual al de las hojas del orgulloso y reclinado invierno.

## ODA TERCERA A LA PAMPA

### I

Cabe en la luz del cielo, en mi país, tanta planicie, su sombra verde y esparcida,  
que al volver hacia sí, hasta dentro, su despiadada ternura, retorna violenta y solitaria.

Corre el avestruz asustado con las nubes y sesga la brisa, sin sentido, o de sus asombra-  
das y cenizas plumas  
encubre la augusta cabeza y cierra los ojos al desierto, a tanto espacio y lontananza  
fugitiva.

Camina el día sobre la llanura igual al aire en su claridad naciente, y los abiertos pasos  
silban, y resuenan cercanos y dispersos.

El llano coge al hombre como una brizna sin sosiego y lo endurece hasta torcerle la  
palabra en céfiro.

En mi nación, sólo cantan los pájaros y revuelan al ras de los malezales, chillando velo-  
ces,  
igual a una lanza.

Diferente y quieto, y ya en mí, siento mi sangre voltear con alegría la soledad y mi  
juventud perdida.

¡Únicamente mi cabeza, la alcorza de mi cuerpo, respira y juega por el tiempo!

### II

De nadie sé tanto, tanto,  
como de la muerte, y nada  
de ti, amor.

Pasa el estío y las nubes,  
y los pájaros y el viento  
todos pasan.

Quizás el amor estuvo  
connigo, una vez, callado,  
distráido.

Y yo habré visto sus ciegos  
ojos, su mirada eterna,  
ya vacía.

Abro mis manos y el aire  
se solaza en ellas, solo,  
sorprendido.

Mi piel, el gusto, la noche,  
saben de mí, de la ausencia  
soportada.

El tiempo es siempre mañana,  
la flor abierta y caída  
claramente.

El adiós, un día, un río,  
y tú con ellos dichosa

y perdida.

El verano huye llevando  
sus frutas, sus mariposas,  
el olvido.  
¿Qué entenderá de nosotros?,  
de mí, parado y sombrío,  
y sonriente.  
El estío muda errante  
su fuente alta y reluciente,  
sin memoria.  
Y yo estoy solo mirando,  
suave y alegre, en el cielo,  
esta tarde.

Toma venidera suerte  
tanto divagar desnudo,  
este sitio;  
todo el amor y las ramas  
de mi boca, con el aire  
de mi pelo.

¡De nadie sé tanto y tanto  
y nada!

### III

Reunido como un haz y elevado, siento mover mi alma igual a una rota espiga  
sobre la tierra y escucho la voz parecida del temporal en otros acentos entrañados y  
sin hallazgo.

Todo me advierte y sacude, y vuelve removido, y a veces injusto  
y rápido como un león a orillas de un pantano, y bebo la sujeta agua descendida,  
en insomne descanso.

Vuela un pájaro en el cénit, tan subido, que parado y sin caer goza la luz, el esmaltado  
día, la naciente y viva nostalgia precisada.

Quiero a mi país igual a una flor antigua, y lo amo en su hálito y en la obscuridad hermo-  
sa, desvelada,  
cuando cruzan los patos silvestres gritando debajo de las áridas y extendidas constelacio-  
nes de la Argentina.

¡Quizás alguien cante lejos, en las durmientes horas, en su guitarra,  
mientras yo sólo espero, rodeado de susurrantes hierbas, en el rocío, la viva y enamo-  
rada noche!

¡Tanta claridad apagada y sin espanto!

## OTROS POEMAS

### NUNCA (1933)

*Mui triste andades e non sei eu.*

Al riguroso mar de tu sueño, oh cielo  
oscuro, ya estoy entregado. Mi sed  
desnuda, desvanecida,  
se apoya en tu sueño. Tu sueño  
que es como la sed del día.

Cielo oscuro. Montaña. El mar  
orgullosa. La sombra que se queda con mi único  
día entre las piedras.

Al amor se vuelve igual que a un jardín. La juncia  
que espera sin olvido, y la carne  
que se entristece de miedo.  
El mar, el mar. La soledad angustiada.

Así, perdida en el sueño,  
te goza mi deseo. Lo más fino  
del alma, callado, vuelve  
hacia ti,  
como la noche sobre la tarde.

Soledad. Sobre tu sueño, sobre el mío perenne,  
este desesperado día,  
repartido entre las montañas. Nunca.

*Marvão, 26 de enero de 1933.*

## HOSTERIA DE LA ROSA Y DEL CLAVEL (1933)

### I

No sé si cantando se seca el viento  
o la voz pierde su humedad. Cuando pienses  
que nadie entiende nada, y por qué vuelvo al sur.  
Y que hay personas que miran la poesía  
como un tiempo perdido, igual a una barba griega.  
(Si ellos vieran la sombra debajo de un farol, mutilándose  
como una ballesta, y a cada uno de nosotros  
en su lucha  
por salvarse del odio.)

Mañana cuando vuelva el aire  
a cernirse sobre las flores; en las altas paredes  
que custodian el mundo,  
y los ángeles regresen cansados a sus árboles;  
cuando el horizonte cante debajo del cielo  
y hayan hombres que bailen alegres, juntando los brazos vertiginosos,  
y las aves del mar se quejen y vuelen alrededor de los mástiles,  
yo pensaré: ¡oh, mi hogar en el sur, al oeste de un gran río,  
y gozaré memorias agradables! —Alguna vez,  
el olvido también correrá por el mar,  
y mi tierra irá callada hacia la otra tierra sin esperanza,  
y yo no sé si seré feliz.  
Quien no haya oído nunca al viento lamentarse  
por el hielo,  
no sabe lo que es el recuerdo. Yo tengo los labios  
húmedos de mirar por una ventana.  
El olvido debe ser igual a la pampa;  
así como un paseo concluido o una cabellera  
que ha quedado reposando en el polvo.  
Una rama de naranjas tiene el día, su color,  
para el que pierde el aliento:  
¡quién me pintará a mí una rosa en la más densa y alta obscuridad!  
Espada, fresnos, montes de agua, mi soledad es tan parecida al frío del cielo,  
que ya no tengo sed. (mañana podría cambiar todo: la  
gimnasia. Vivir.  
¡Si uno pudiera vivir de nuevo un día  
pleno, sin personas!)  
Yo tengo un gran deseo en la garganta  
—nostalgia o viento—  
clamor que se endurece: ser otro ser,  
plaza que no quiere verse mirada.  
¡Vispera sin memoria,  
luna sin agua!

## UNA ROSA PARA STEFAN GEORGE

*(Similis factus sum pellicano solitudinis)*

No es la paciencia de la sangre lo que llega a morir,  
ni el sueño ni el mármol de Delfos, sino el polvo  
que se calienta en las uñas.

¡Qué importa morir, que se borren las paredes como un río seco!,  
que no quede una flor en la calle con su borde de luto en la frente,  
ni el viento sobre las piedras podridas.

¡Qué haces allí, tronchado sin humedad,  
con tu dicha sin aliento, con tu muerte tendida a los pies!  
Con tu espuma llena de ceniza. Desdeñoso.

Ya vendrán los hombres con el ruido, con los gestos;  
pero el odio seguirá intacto.

Todos te habrán estrechado la mano alguna vez,  
y tú habrás bebido la cicuta en la soledad,  
como un vaso de leche.

Adiós país de nieve, de ventisca agria, sin gente que diga mal  
de ti. Eterno. Desnudo.

La sangre metida en su canal de hielo  
—fuego sin aire— Jordán perdido. Si el tiempo tuviera sentido  
como el sol y la luna presos;  
si fuera útil vivir,  
si fuera necesario,  
¡qué hermoso espanto: tengo la voluntad avergonzada!

Yo soy menos feliz que tú. Me quedo combatiendo sin honor,  
con un haz de ramas en las manos.

¡Duerme! Dormir para siempre es bueno, junto al mar;  
los ríos secos debajo de la tierra con su rosa de sangre muerta.

Duerme, lujo triste, en tu desierto solo.

¡Esta palabra inútil!

XII-5-1933.

## EL TABERNACULO (1934)

### VII

Ya no volveré a ti —luna de tierra—; quédate en tu cielo derrumbado,  
con tu piel perdida, mojada en la lluvia.  
Con tu soledad llena de espejos  
con tu dolor partido como una fruta.  
Yo quiero entrar en otro día, salir de tu sed  
sin dejar un solo beso sobre una cornisa;  
salir igual a una llama cubierta  
de espumas y cenizas  
a un nivel de flores.

Huir. Huir hacia donde el mar no lleve cariño  
en las hojas,  
donde no haya asfixia y tu nombre de piedra y espinas se oculte en montones de  
arena y conchas.  
Pero el amor es el amor, y nadie puede desterrar una raíz de plata  
con destino y latidos. Con una sombra inmóvil cubierta de memoria: con su casta  
de alma,  
con su paisaje resbaladizo y sus manos  
de arpa quemada.

Si yo pudiera olvidar sin oírte, sin dejar  
la huella de mi cintura temblando  
con el aire. ¡Pero el amor es amor, y el tiempo mueve juncos y adelfas  
para que se encuentren con la muerte!

Cuando pienso que nunca he de volver al frío,  
qué ganas me llevan de talar un árbol;  
de quebrar el ala de un pájaro,  
para que él disfrute  
de un amor enloquecido.

(Cuando uno vive alegre, qué bien le debe caer  
el canto de la noche sobre la carne. El canto de la noche. ¡Agua y pinos! . . . Quién  
viera tu niebla  
obscura, ala de frente, pulmón muerto,  
aire de vino desdichado. . .)

Pero yo quisiera volver a otro día. Siempre he soñado, perdido en la sombra,  
buscar una rosa de hielo con su hoja de viento.  
—La rosa que no verá la multitud,  
la que espera, como yo, un largo día de fiesta  
a orillas de un río del verano.

Adiós, junco húmedo, obscuridad de alondra entristecida.  
Hasta nunca, si nunca es volver alguna vez: estas palabras como una flor  
en su lecho de polvo, con su nunca, amando, en la garganta; con tu sombra inmóvil,  
preferida.

¡Raíz de nieve, ocioso cierzo!

## EPISTOLA SATISFACTORIA (1935)

31 DE DICIEMBRE DE 1933

Si cesara el aire, si no hubiera ruido,  
y la alegría se cayera por las ventanas  
al suelo. Si yo viera tu rostro mojado  
saliendo del río. . .

No; soy yo quien está húmedo  
de arena, huyendo.

Quisiera parar la luz, que no se vaya, retenerlo:  
lo único que tuve sin morir,  
se va sin mirarme las manos.

Mañana será otro tiempo. En un día,  
tanto espacio, tan incontenida muerte.

Si viera tu rostro saliendo del río,  
tu pecho profundo, descarnado de tanto sueño inútil,  
de tanta noche miserable. ¿Qué haría con mi voz,  
con la desdicha de haber estado esperando  
de espaldas, cercado de tradición maldita?  
¡De vida llena de palabras!

El tiempo creará su niebla, pondrá otra tierra  
cerca de la mía; pero yo volveré a este cielo,  
a esta noche del sur atlántico replandeciente,  
para odiar la luz.

### NAO D' AMORES

Ya estoy harto de mar, de gente, de cielo;  
de muerte, si Dios quiere.

Nadie podrá arrancarte de mí, sombra de sueño,  
porque tengo pegada en el pecho toda tu noche de pasión horrible.

Dentro de días estaré en la llanura  
para cubrir mi corazón de polvo,  
el aire de arena. Nuestra sola  
muerte  
olvidada en un paraíso seco.

(Si pudiera encontrarte. Si pudiera bajar a Río, esta noche;  
andar por las calles oliendo las hojas gruesas de los árboles;  
abandonarme en la tierra hasta llenarme de nieblas. Distráido)

No quiero mi idioma. mi otra vida; no quisiera llegar nunca. Volver si fuera posible.

Magoas.

Esta noche ¡así! desprendido totalmente;  
vuelto, devuelto, perseguido; ajeno mío  
sin quererme. Caído en otra voz,  
resbalado.

Mi corazón negándose al polvo,  
ya detrás de tu cuerpo, del aire desterrado.

Bahía de Río de Janeiro,  
25 de abril de 1933.

### POEMA COMO EL DESIERTO

Cuando el árbol del carbón cubra de hojas moradas  
los arcos, y la gente salga a la calle a preguntar por sus muertos,  
y golpeen sus víboras contra un viento triste,  
ensordecido de barrer las lagunas, entonces  
sabrán que yo he amado:  
que mi rostro de perfil oscuro  
está en un rincón, mirando el aire  
que abandonan los brazos cuando duermen.

Cuando nazca la sombra como una piedra sobre laureles,  
cuando el viento cierre toda una noche sin doblar su cara de sangre  
de pescado,  
cuando las islas lloren el espacio del amor, el destino,  
cuando haya una desdicha igual a la mía:  
una vida perdida  
que vuelva a su desierto a llorar  
su voz de ángel sordo, su cielo lleno de cascadas.

Cuando esto suceda, qué lengua, qué viento de río melancólico  
moverá el polvo, la raíz, el jugo del olvido.

## LIBRO DE LAS SOLEDADES DEL PONIENTE (1939)

### ANACLETA "I"

No, no me he cansado aún de pensar en ti; de noche cuando se me queda el cuerpo  
sobre la tierra,  
llego a tu país, allá, donde el viento sale a ventilar la arena,  
a recostar en las paredes las aletas de pescado amanecidas en la calle;  
a buscarme embebecido al pie de las escaleras.

Ya no sé de ti, tal vez de nadie; sólo recuerdo que me peino  
el cabello dormido, con una mano que estuvo junto a tu cuerpo.

¡Qué sé yo de nada! De lo que pudo ser la voz;  
una hoja envenenada que se pudre en el pecho,  
en otro espacio penetrante,  
consumido.

Ya estoy deshecho de vivir un solo día, de moverme  
con tu sola alma. Dios se compadezca de mí, que entro apasionado  
por las venas secas de la tarde.

### ANACLETA "IV"

Quisiera que me dejaran como a un ángel perdido, en una ciénaga;  
que me olviden así, abrazado y solo, volviendo a una llama seca;  
regresando sin temor a la otra noche,  
olvidado.

Cuando se nace para vivir en la tierra, bajo un cielo de vientre de ballena,  
la soledad del hombre muerto  
quiere salir de la soledad,  
hacia toda la inocencia, desterrado.  
Cuando me veas devuelto al olvido, abandonado,  
ya no me hallarás las flores sobre el ciego hombro,  
ni el río melancólico donde mojabas tu cuello  
de helecho secado en un jarro.

Arriba está el otro viento. No me digas nada;  
hoy tengo la lengua obscura, y el sentimiento,  
impenetrable, aborrecido.

El sur es un llano lento, que nadie entiende,  
donde a veces llora una cabeza de caballo  
el aire desesperado. Donde mi corazón sale por la tierra  
a buscar aliento.

## LA ESCUDILLA (1973)

### ROSTRO, PAJARO TOSTADO

Mi voz es esta raíz,  
mi imagen este sueño.  
Nada parecido en algo;  
suelta transparencia  
vacía de una noche  
en el cielo,  
en la soledad más porfiada  
y cálida.

¿Qué queréis de mí,  
si nada me sorprende,  
ni cosa me decide?  
Cierro mi mano y no acontece  
lo inesperado; bajo la cabeza  
y siento la tierra  
más lejos y extraña;  
fría mi cama.

Mi imagen, lo que veis  
lo demás, no es.  
Cosa de mí se parece  
y ninguno la sostiene,  
reclama o suspira.  
Imagen de la imagen,  
de ella desaparece.  
Cubre su llama  
con la cara.  
Nadie viene  
ni llegará.  
Tampoco saldrá  
inveterada  
a tender el camino,  
lo extremo. Andará  
sola y alegre, moviéndose,  
igual a una amapola.  
Ya lo tenéis todo,  
flor, canto,  
evasión. ¡Tonada, son!  
Pájaro tostado.

Nov. 1969

## LAS SOMBRAS DEL PAJARO TOSTADO -fragmento último-

Cuando él quiso saber de mí, le dije: Anoche estuve durmiendo debajo de un puente sobre un río en Dublin. Y no me acuerdo de ninguna otra circunstancia visible. Sólo del verde brillante de la hierba que asombraba y adormecía. Saber, conocer, ¡qué inutilidad! Nadie recoge nada; acaso el amor o el olvido saben, quizás el alma, cuando abandona la terrible máscara del cuerpo. Pero él me abrumaba con sus palabras: ¡Dime, de dónde llegas deshecho como una mazorca! No sé, le respondía, tal vez del tiempo de la gran noche que se empapa en el mar, en las fuentes; de un árbol moribundo del páramo visto en un día de sol, cansado de avanzar sus sombras, de perder sus hojas moradas y ardientes dentro del temporal. O bien, del espacio que empuja una pequeña nave poblada y silenciosa entre las nubes opacas de la atmósfera. Pero él seguía, y yo estaba enamorado en otra vida, y el sol se hundió en el horizonte desierto y arrebatado del océano, en Irlanda. Y las nieblas bajas destruyeron las pegajosas preguntas, el ocioso y perdido inquirimiento. Y otros fantasmas movían mis hirvientes ropas. ¡Dios sea servido esta noche y siempre!



---

RICARDO E. MOLINARI nació en Buenos Aires el 20 de marzo de 1898. Consideramos que es —entre nuestros escritores vivos— el que alcanza la más alta expresión poética.

El poeta, “el que está en disponibilidad amorosa” según dijera el propio Molinari, “cuando queda consigo mismo en la suprema soledad de su destino, entonces elabora la verdad como representante verdadero de su pueblo” (Heidegger). En esta dimensión apreciamos la obra de Molinari, últimamente negada por ciertas posturas estéticas que oscilan entre la convencionalidad y el oportunismo, y no logran traspasar la mera “literatura”.

Fieles a este apasionado juicio, publicamos una breve antología para rendir así nuestro homenaje y contribuir a la difusión de su obra entre las nuevas generaciones.

Los poemas aquí reunidos fueron seleccionados —en su mayoría— de las tres recopilaciones que vislumbramos como más representativas: *Mundos de la madrugada* (1933-1940), Editorial Losada, 1943; *Un día, el tiempo, las nubes* (1927-1963), Editorial Sur, 1964; *Las sombras del pájaro tostado: Obra poética* (1923-1973), Ediciones El Mangrullo, 1975, (extrañamente archivada en un sótano judicial).

De la vasta producción de Molinari, que incluye odas, elegías, canciones, sonetos y romances, hemos seleccionado lo que —según creemos— se proyecta como su testimonio más original, fundamentalmente sus Odas.

“... ¡Y los tiempos mejorarán! Quede en pobreza esta breve lonja de la *plaisa azul de la persona mía...*”